

EL HOMBRE PERFECTO

TOMO III



OSVALDO REBOLLEDA

EL HOMBRE PERFECTO

TOMO III



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA** -

Diseño de portada: **GDR**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
Ser hallados en el Hombre perfecto.....	9
Capítulo dos:	
La plenitud del Hijo y el cumplimiento de la Ley.....	21
Capítulo tres:	
Hechos a la imagen del Hombre perfecto.....	32
Capítulo cuatro:	
Completo en el Hombre perfecto.....	44
Capítulo cinco:	
La fructificación en el Hombre perfecto.....	56
Capítulo seis:	
El Alfa y la Omega de la revelación.....	69
Capítulo siete:	
El reflejo de Su gloria en nosotros.....	81
Capítulo ocho:	
El querer y el hacer del Hombre perfecto.....	93

Capítulo nueve:	
Recibiendo la vida del Hombre perfecto.....	103
Capítulo diez:	
La familia de Dios en el Hombre perfecto.....	113
Capítulo once:	
El descanso en el Hombre perfecto.....	124
Capítulo doce:	
La gloria de Dios en el Hombre perfecto.....	130
Capítulo trece:	
El Hombre perfecto es el centro y el motivo.....	140
 Conclusión	 151
 Reconocimientos.....	 157
 Sobre el autor.....	 159



INTRODUCCIÓN

Toda gran obra posee un centro. Puede recorrer muchos caminos, desarrollar innumerables ideas y detenerse en diversos paisajes, pero tarde o temprano termina conduciendo al lector hacia aquello que constituye el corazón de todo cuanto desea comunicar. Creo que eso mismo ha ocurrido con esta trilogía.

En los primeros tomos fuimos descubriendo que Dios jamás buscó simplemente hombres mejores, sino que desde la eternidad contempló a un solo Hombre en quien hallaría plena satisfacción. Poco a poco las Escrituras comenzaron a revelar que todas las promesas, todas las figuras, todos los sacrificios y todas las expectativas del Antiguo Pacto convergían silenciosamente en Cristo.

Él apareció como el Hombre perfecto, el único capaz de expresar sin sombra alguna el pensamiento eterno del Padre y de abrir para la humanidad un camino completamente nuevo. Sin embargo, una vez que esta verdad comienza a establecerse en el corazón, surge una pregunta inevitable.

Si toda la aceptación delante de Dios descansa exclusivamente sobre la perfección de Cristo, ¿cómo debe entenderse entonces la vida cristiana? ¿Qué lugar ocupan nuestras obras? ¿Qué significado adquiere la santidad? ¿Cuál es la función de la Ley? ¿Qué hace realmente el Espíritu

Santo? ¿En qué consiste el crecimiento espiritual? ¿Cómo debe vivir quien ha sido unido para siempre al Hombre perfecto?

Estas preguntas constituyen el verdadero punto de partida del presente volumen. Durante siglos, una gran parte del pensamiento cristiano ha intentado responderlas colocando nuevamente el foco sobre el hombre.

El esfuerzo, la disciplina, la consagración, la obediencia y el rendimiento espiritual ocuparon progresivamente el centro de la escena. Sin advertirlo, muchos creyentes terminaron viviendo como si Cristo hubiera abierto la puerta de la salvación, pero el resto del camino dependiera finalmente de ellos.

El Nuevo Testamento presenta una realidad muy diferente. Cuanto más avanzamos en la revelación apostólica, más evidente resulta que Dios jamás aparta la mirada de su Hijo. Todo continúa girando alrededor de Él.

La justificación permanece en Cristo. La santificación permanece en Cristo. La nueva creación permanece en Cristo. La plenitud permanece en Cristo. El reposo permanece en Cristo. La herencia permanece en Cristo. El propósito eterno permanece en Cristo.

El evangelio del Reino nunca desplaza al Hijo para colocar al creyente en el centro. Hace exactamente lo

contrario. Conduce al creyente a desaparecer progresivamente en la suficiencia de Aquel que lo llena todo. Quizá esa sea una de las verdades más liberadoras que un cristiano puede descubrir.

El crecimiento espiritual no consiste principalmente en aprender a producir una vida semejante a la de Cristo, sino en permitir que la vida del propio Cristo encuentre cada vez mayor expresión en nosotros.

El Padre nunca buscó perfeccionar al viejo hombre; decidió introducirnos en una humanidad completamente nueva cuya Cabeza es su Hijo amado. Allí las buenas obras dejan de ser el precio de la aceptación y se convierten en el fruto natural de una vida recibida por gracia. Allí la obediencia deja de nacer del temor y comienza a brotar del amor. Allí la santidad deja de ser un proyecto agotador para convertirse en la manifestación espontánea de la vida del Espíritu.

Las páginas que siguen no pretenden ofrecer nuevas técnicas para alcanzar una espiritualidad más elevada. Tampoco buscan presentar un sistema teológico diferente. Su propósito es mucho más sencillo y, al mismo tiempo, infinitamente más profundo: invitar al lector a contemplar una vez más la absoluta suficiencia del Hombre perfecto.

Porque cuanto más claramente vemos a Cristo, menos necesidad sentimos de sostenernos sobre nosotros mismos. Y cuanto menos descansamos en nosotros, más plenamente

descubrimos el descanso que el Padre preparó desde la eternidad para todos aquellos que permanecemos inseparablemente unidos a Su Hijo.

Si al terminar este tercer volumen salen admirando menos el esfuerzo personal y mucho más la perfección de Cristo; si dejan de buscar seguridad en el rendimiento espiritual para encontrarla únicamente en el Hijo; si aprenden a leer toda la Escritura viendo en ella la gloria del Hombre perfecto, entonces estas páginas habrán cumplido plenamente su propósito.

Porque, al final, toda la revelación de Dios conduce hacia una sola Persona. Y nuestra vida solo encuentra en Él, su origen, su plenitud y su descanso.

“...Cristo es el todo, y en todos. Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados...”

Colosenses 3:11 y 12



Capítulo uno

SER HALLADOS EN EL HOMBRE PERFECTO

Cuando comenzamos a descubrir que toda la aceptación delante de Dios descansa sobre la perfección de Cristo, suele aparecer una inquietud casi inmediata. Es una pregunta comprensible y, en cierto sentido, necesaria. Si el Padre ya encontró en su Hijo toda la obediencia que buscaba, ¿qué sentido tienen entonces nuestras obras? ¿Acaso dejan de ser importantes? ¿No corre el evangelio el riesgo de fomentar una actitud despreocupada frente a la santidad?

Estas preguntas no son nuevas. En realidad, acompañaron la predicación apostólica desde sus comienzos. Siempre que la gracia fue anunciada en toda su profundidad, surgieron voces preguntando si aquello no conduciría inevitablemente al descuido espiritual.

Pablo conocía perfectamente esa reacción. Por eso, después de desarrollar magistralmente la justificación por la fe, formula él mismo la objeción: “*¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?*” (Romanos 6:1). El solo hecho de que el apóstol plantee semejante pregunta demuestra que estaba predicando una gracia mucho más

radical de lo que muchos estarían dispuestos a aceptar. Sin embargo, su respuesta tampoco consiste en disminuir la gracia para hacerla más aceptable a la lógica humana. Hace exactamente lo contrario. Lleva al creyente todavía más profundamente hacia su unión con Cristo. Y creo que allí se encuentra la clave de todo.

La religión siempre intenta resolver el problema del comportamiento aumentando la presión sobre la voluntad. El evangelio, en cambio, responde revelando una nueva identidad. Pablo no dice: “Esfuércense más para no pecar”. Dice: ***“Habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Colosenses 3:3)***. Es decir, la solución que Dios ofrece no consiste simplemente en exigir una conducta diferente al viejo hombre, sino en introducirnos en una realidad completamente nueva por medio de la muerte y la resurrección de Cristo.

Entonces las buenas obras comienzan a ocupar el lugar que siempre debieron tener. Ya no constituyen el camino hacia la aceptación, sino que son el fruto de haber sido aceptados. Ya no son el precio de la comunión, sino que son la expresión de la comunión. Ya no representan el intento del hombre por acercarse a Dios, sino que son la vida de Dios manifestándose en el hombre.

Esta diferencia resulta mucho más profunda de lo que parece a primera vista. Dos personas pueden realizar exactamente la misma acción exterior y, sin embargo, proceder de motivaciones completamente diferentes. Ambas

pueden servir a los necesitados, ambas pueden dedicar tiempo a la oración, ambas pueden entregar generosamente sus recursos y ambas pueden participar activamente en la vida de la Iglesia. Sin embargo, una puede estar intentando ganar el favor de Dios, mientras la otra simplemente está expresando el favor que ya descubrió en Cristo. Exteriormente las acciones parecen idénticas; interiormente pertenecen a mundos completamente distintos.

Quizá por eso Jesús insistía tanto en la importancia del corazón. Él sabía que Dios nunca ha buscado únicamente acciones correctas. Siempre ha buscado una vida que produzca esas acciones. El problema del antiguo pacto nunca fue la calidad de la Ley. La Ley era santa, justa y buena. El problema residía en que el corazón del hombre permanecía incapaz de producir espontáneamente aquello que la Ley describía.

Por eso los profetas comenzaron a anunciar un día en que Dios no solamente daría nuevos mandamientos, sino un nuevo corazón y un nuevo espíritu (**Ezequiel 36:26**). La promesa no consistía simplemente en una mejor información moral. Consistía en una transformación interior.

Cuando entramos en las dimensiones del Nuevo Pacto comprendemos que esa promesa encuentra su cumplimiento en Cristo. Él no vino únicamente a enseñarnos cómo vivir. Vino a compartir con nosotros Su propia vida. Y precisamente porque Su vida habita en nosotros por medio del Espíritu Santo, las buenas obras dejan de ser el esfuerzo

artificial de una naturaleza que intenta parecerse a otra distinta. Comienzan a brotar como la expresión natural de una vida nueva recibida por la gracia soberana.

Pienso que la imagen del fruto vuelve a resultar extraordinariamente útil. Nadie se acerca a un árbol sano para convencerlo de que produzca manzanas. La presencia del fruto no depende de un discurso de motivación. Depende de la naturaleza del árbol.

Del mismo modo, el Espíritu Santo no trabaja principalmente aumentando la presión sobre el creyente para que produzca determinadas conductas. Su obra consiste en revelar cada vez más plenamente la vida de Cristo. Y allí donde esa vida encuentra libertad para expresarse, el fruto comienza a aparecer con una naturalidad que ninguna disciplina humana podría producir.

Esto también nos ayuda a comprender una afirmación de Pablo que durante mucho tiempo me pareció sorprendente. En Efesios escribe que ***“somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”*** (Efesios 2:10). Generalmente ponemos toda nuestra atención sobre las buenas obras, pero el apóstol comienza mucho antes. Habla de una nueva creación. Habla de una obra realizada por Dios. Habla de hombres creados en Cristo. Las obras aparecen después. Son la consecuencia inevitable de esa nueva creación, no su causa.

¡Cuánto descanso produce descubrir este orden! Porque, en el fondo, toda la ansiedad espiritual nace cuando intentamos invertirlo. Si creemos que primero debemos producir las obras para luego convertirnos en la nueva creación, viviremos permanentemente inseguros. Nunca sabremos si hemos hecho suficiente. Pero cuando comprendemos que Dios comienza haciéndonos nuevas criaturas en Cristo, las obras dejan de ser una pesada obligación para convertirse en el lenguaje natural de esa vida nueva.

Tal vez aquí podamos volver una vez más al título de esta serie. El Hombre perfecto no vino simplemente a enseñarnos un camino de obediencia; vino a convertirse Él mismo en nuestra vida. Esa afirmación posee implicaciones inmensas.

Significa que la paciencia que el Padre espera ya existe en Cristo. La mansedumbre que el Padre ama ya existe en Cristo. La pureza, la fidelidad, la misericordia, la generosidad y el amor que agradan al corazón de Dios ya resplandecen plenamente en Cristo. Y el milagro del Nuevo Pacto consiste en que esa vida perfecta no permanece encerrada en Él como un tesoro inaccesible, sino que comienza a manifestarse en todos aquellos que han sido unidos a Él por la fe.

Por eso los hijos de Dios maduramos no concentrándonos obsesivamente en producir más fruto, sino profundizando continuamente en nuestra comunión con Cristo. Cuanto más conocemos al Hijo, cuanto más

descansamos en Su gracia, cuanto más aprendemos a vivir desde la realidad de la unión con Él, más naturalmente la vida del Hombre perfecto encuentra expresión en nuestra manera de pensar, de hablar, de amar y de servir.

La santidad deja entonces de parecerse a una representación cuidadosamente ensayada para convertirse en la manifestación espontánea de una vida que no nació en nosotros, pero que ahora, por pura gracia, vive en nosotros y se manifiesta a través de nosotros.

Reitero una vez más: Quizá esta sea una de las mayores diferencias entre el evangelio del Reino y toda forma de moralismo religioso. El moralismo intenta fabricar buenos frutos sobre árboles enfermos. El evangelio planta un árbol completamente nuevo. El primero dedica toda su energía a corregir las ramas; el segundo transforma la raíz. El primero trabaja desde afuera hacia adentro; el segundo comienza desde adentro y permite que la vida avance hacia afuera.

Por eso, cuando el Padre decidió salvar al hombre, no comenzó modificando su conducta. Comenzó entregándole a Su Hijo. Porque sabía que, donde el Hombre perfecto se convierte verdaderamente en la vida del creyente, las buenas obras dejarán de ser un proyecto agotador para transformarse, silenciosa pero inexorablemente, en el fruto inevitable de Cristo viviendo una vez más Su propia vida en aquellos que permanecen para siempre en Él.

Si tuviera que escoger un pasaje del Nuevo Testamento donde un hombre describe con absoluta honestidad el derrumbe de toda confianza en sí mismo, probablemente habría muy pocos textos comparables con el tercer capítulo de la carta a los Filipenses.

Pablo no escribe estas palabras siendo un joven creyente que todavía desconoce la profundidad del evangelio. Las escribe después de años de ministerio, de revelaciones extraordinarias y de un conocimiento de Cristo que pocos hombres han experimentado. Sin embargo, cuanto más avanza en ese conocimiento, menos valor concede a aquello que una vez constituyó el fundamento de toda su seguridad espiritual.

Resulta profundamente significativo observar cómo comienza su argumento. Antes de hablar de Cristo, Pablo enumera cuidadosamente todo aquello que, desde una perspectiva religiosa, podía considerarse digno de admiración.

Había sido circuncidado al octavo día, pertenecía al pueblo de Israel, a la tribu de Benjamín, era hebreo de hebreos; en cuanto a la Ley, fariseo; en cuanto al celo, perseguidor de la Iglesia; en cuanto a la justicia que es por la Ley, irreprochable. Difícilmente podía encontrarse un currículo religioso más impresionante que aquel.

Y, sin embargo, todo ese edificio termina desplomándose en unas pocas líneas: *“Cuántas cosas eran*

para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo” (Filipenses 3:7).

Siempre me ha llamado la atención que Pablo no diga simplemente que aquellas cosas eran malas. En realidad, muchas de ellas eran buenas. Pertenecer al pueblo del pacto era un privilegio. Conocer las Escrituras desde la infancia era un regalo inmenso. Su disciplina, su dedicación y su celo no eran defectos en sí mismos. El problema no residía en esas cosas, sino en el lugar que ocupaban. Habían terminado convirtiéndose en el fundamento de su justicia.

Y creo que aquí aparece una advertencia extraordinariamente actual. Porque el corazón humano posee una asombrosa capacidad para convertir incluso los dones de Dios en motivos de confianza independiente de Cristo.

Aquello que comenzó siendo una bendición puede transformarse silenciosamente en el lugar donde depositamos nuestra seguridad. El conocimiento bíblico, los años de ministerio, la fidelidad, la experiencia, los frutos visibles, aun las disciplinas espirituales, pueden llegar a ocupar el sitio que únicamente corresponde al Hijo.

Pablo comprende que ese es el verdadero peligro. Por eso no dice únicamente que considera pérdida determinadas conductas pecaminosas. Va mucho más lejos. Declara pérdida todo aquello que pudiera competir con Cristo como fundamento de su aceptación delante de Dios.

Es aquí donde sus palabras alcanzan una belleza difícil de describir: ***“Y ser hallado en Él, no teniendo mi propia justicia, que es por la Ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe”*** (Filipenses 3:9). Creo que esta expresión merece nuestra atención, porque Pablo no está diciendo que simplemente desea creer en Él, sino ser hallado en Él. No dice únicamente de seguirlo o admirarlo, sino que habla de ser hallado en Él. Toda la seguridad del apóstol descansa en ese pequeño lugar teológico que aparece una y otra vez en sus cartas: ***“en Cristo”***.

Mientras más leo a Pablo, más convencido estoy de que esta expresión constituye el verdadero centro de su pensamiento. Todo lo demás nace de allí. La justificación ocurre en Cristo. La nueva creación ocurre en Cristo. La elección ocurre en Cristo. La redención ocurre en Cristo. La herencia ocurre en Cristo. La reconciliación ocurre en Cristo. La vida ocurre en Cristo. Nada existe separado de Él.

Precisamente por eso Pablo ya no busca una justicia propia. Observemos cuidadosamente que no dice: “Ya no busco una justicia imperfecta”. Dice algo mucho más profundo: ***“No teniendo mi propia justicia...”*** Es decir, el problema no era únicamente el grado de aquella justicia. El problema era su origen. Era propia, nacía en él, y todo cuanto nace del hombre, por admirable que parezca, resulta insuficiente para sostener al hombre delante de la santidad infinita de Dios.

Creo que aquí aparece una de las mayores diferencias entre el antiguo modo de pensar y el Nuevo Pacto. El antiguo hombre siempre intenta presentar algo que le pertenezca. Necesita llevar delante de Dios alguna credencial que justifique su aceptación. Puede ser su obediencia, su consagración, su conocimiento, su servicio o su fidelidad. Pero siempre existe la tendencia a conservar algún espacio donde todavía pueda decir: “Esto es mío”.

El evangelio del Reino desarma completamente esa lógica. No porque desprecie las buenas obras, sino porque sabe que ninguna de ellas puede ocupar el lugar de Cristo.

Mientras escribo estas líneas no puedo evitar pensar que, probablemente, esa sea la definición más sencilla y al mismo tiempo más profunda de la vida cristiana. Ser hallado en Cristo. No delante de Dios con mis argumentos. No escondido detrás de mis logros. No sostenido por mi rendimiento espiritual. Simplemente hallado en Él.

Cuando comprendemos esta dinámica de vida, lejos de producir indiferencia espiritual, somos despertados a un amor mucho más profundo por el Señor. Porque quien deja de depender de sí mismo comienza finalmente a admirar la inmensidad de la gracia.

Nuestras obras ya no sirven para ganar aceptación; sirven porque hemos descubierto que fuimos aceptados y deseamos expresar la verdad que opera en nuestro corazón. Ya no amamos para ser amados; amamos porque somos

amados primero. Ya no obedecemos para construir una justicia; obedecemos porque la justicia perfecta ya nos fue regalada en el Hijo.

Quizá esa sea la razón por la cual Pablo termina este mismo pasaje diciendo que su gran anhelo consiste en “*conocerle*”. Esta es una afirmación sorprendente. Después de todo lo que había vivido, todavía no dice que desea conocer mejor las doctrinas, ni aumentar su prestigio apostólico, ni siquiera ampliar la influencia de su ministerio.

Todo converge nuevamente en una Persona. Porque quien ha descubierto que toda la vida se encuentra escondida en Cristo comprende que el crecimiento espiritual nunca consistirá principalmente en acumular nuevas técnicas para agradar a Dios, sino en penetrar cada vez más profundamente en la riqueza insondable del Hijo.

Y pienso que, quizá sin advertirlo, hemos llegado al corazón mismo de esta serie de enseñanzas. El concepto del Hombre perfecto no pretende conducirlos hacia una nueva interpretación ingeniosa de algunos pasajes bíblicos. Pretende llevarlos a contemplar de tal manera la suficiencia de Cristo que toda confianza en el hombre termine desvaneciéndose.

Porque únicamente cuando el alma deja de apoyarse en sí misma descubre el descanso que el evangelio siempre quiso ofrecer. Allí desaparece la ansiedad de tener que demostrar constantemente el propio valor. Allí cesa la

interminable comparación con otros creyentes. Allí pierde fuerza la necesidad de construir una identidad basada en el rendimiento espiritual. Todo queda absorbido por una realidad infinitamente mayor: “ser hallados en Cristo”.

Y cuando el Padre mira al creyente y lo encuentra allí, unido inseparablemente al Hombre perfecto, encuentra también todo aquello que su corazón buscó desde antes de la fundación del mundo. Allí la justicia es perfecta, la obediencia es completa, el amor jamás disminuye y la comunión nunca será interrumpida, porque todo descansa, no sobre la fragilidad del hombre, sino sobre la perfección eterna de su Hijo amado.



Capítulo dos

LA PLENITUD DEL HIJO Y EL CUMPLIMIENTO DE LA LEY

Hay una característica del corazón humano que aparece desde las primeras páginas de la Biblia y continúa manifestándose, con diferentes rostros, hasta nuestros días. El hombre no solamente desea vivir; también desea encontrar un motivo para gloriarse. Necesita sentir que posee algo que lo distingue, algo que puede presentar como propio, alguna conquista que le permita decir, aunque sea silenciosamente: “Esto lo conseguí yo”.

Quizá esa necesidad explique por qué el evangelio resulta tan ofensivo para el orgullo natural. No porque degrade al hombre, sino porque le quita definitivamente todo espacio para hacer de sí mismo el centro de la historia. La cruz no solamente perdona el pecado; también pone fin a toda posibilidad de que la salvación termine siendo atribuida, aunque sea parcialmente, al mérito humano.

Pablo comprendió esta verdad con una claridad admirable. Por eso pregunta a los romanos: “*¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida*” (Romanos 3:27). No dice que queda reducida. No afirma que Dios permite una

pequeña parte de reconocimiento al esfuerzo humano. Utiliza una expresión absoluta. La jactancia queda fuera del evangelio porque todo cuanto pertenece a la salvación encuentra su origen en Dios y su consumación en Cristo.

Pienso que aquí comenzamos a comprender por qué el Padre quiso reunir todas las cosas en una sola Persona. Si hubiera distribuido la justicia entre millones de hombres independientes, siempre existiría el peligro de que la gloria terminara fragmentándose.

Cada uno podría atribuirse una parte del resultado. Pero el designio eterno fue completamente diferente. El Padre determinó que toda la plenitud habitara en su Hijo, de modo que toda la gloria permaneciera también en Él.

Esta idea aparece una y otra vez en las cartas de Pablo. Cuando escribe a los colosenses afirma que agradó al Padre que en Cristo habitara toda plenitud. No una parte. No una medida mayor que la nuestra. *“Toda la plenitud...”* Esa expresión resulta extraordinaria porque elimina cualquier ilusión de autosuficiencia espiritual. Todo cuanto el hombre necesita para vivir delante de Dios ya fue depositado en Cristo.

Y entonces comprendemos por qué el Nuevo Testamento insiste tanto en que estamos completos en Él. No dice que Cristo completa aquello que nosotros comenzamos. Tampoco afirma que nosotros aportamos una parte mientras

Él aporta otra. Toda la lógica apostólica apunta exactamente en la dirección opuesta.

La verdad es que nosotros participamos de una plenitud que no producimos y de una justicia que no construimos. Vivimos de una vida que no nació en nosotros y descansamos sobre una obediencia que pertenece enteramente al Hijo de Dios, al Hombre perfecto.

Notemos esto, cuando Gedeón reunió al ejército para enfrentar a los madianitas, Dios comenzó a reducir el número de soldados hasta dejar apenas trescientos hombres. Humanamente aquella decisión parecía completamente absurda. Sin embargo, el propio Señor explicó el motivo: ***“No sea que Israel se alabe contra mí diciendo: Mi mano me ha salvado”*** (Jueces 7:2).

Qué impresionante resulta esta declaración. Dios no estaba simplemente organizando una estrategia militar diferente. Estaba protegiendo algo infinitamente más importante: la gloria de Su nombre. Sabía que el corazón humano posee una enorme facilidad para apropiarse de aquello que únicamente la gracia puede producir.

Pienso que toda la economía de la salvación responde exactamente al mismo principio. El Padre diseñó un camino donde ninguna carne pudiera gloriarse delante de Él. No porque desee humillar al hombre, sino porque quiere liberarlo de la más sutil de todas las esclavitudes: la ilusión de que puede encontrar vida en sí mismo.

Porque, en el fondo, toda jactancia nace de una mentira mucho más profunda. El hombre se gloria cuando olvida de dónde procede todo cuanto posee. La criatura comienza a mirarse como fuente en lugar de reconocerse como recipiente.

Exactamente eso ocurrió en el Edén. La tentación no consistía únicamente en desobedecer un mandamiento; consistía en buscar una plenitud independiente de Dios. Desde aquel momento, la humanidad quedó marcada por el deseo permanente de encontrar en sí misma aquello que solamente puede recibirse del Creador.

Cristo aparece precisamente para revertir ese movimiento. Toda su vida señala continuamente hacia el Padre. Nunca busca su propia gloria. Nunca actúa independientemente. Nunca presenta una voluntad separada de la voluntad del Padre. Incluso en los momentos de mayor reconocimiento público, desvía la atención hacia Aquel que lo envió. El Hombre perfecto no solamente obedece perfectamente; glorifica perfectamente al Padre.

Y ahora sucede algo verdaderamente extraordinario. Aquellos que somos unidos a Cristo comenzamos a participar también de esa misma orientación del corazón. La vida espiritual deja de girar alrededor de nuestra propia importancia y empieza a encontrar su alegría en la exaltación del Hijo. Cuanto más profundamente comprendemos el evangelio, menos necesidad sentimos de construir una reputación espiritual para nosotros mismos.

La mirada ya no permanece fijada sobre lo que hemos logrado, sino sobre lo que Cristo ha realizado. Paradójicamente, esa pérdida de protagonismo no empobrece al creyente; lo libera. Lo libera del peso insoportable de tener que sostener continuamente una imagen de perfección y le permite descansar en la perfección de Otro.

Quizá por eso Juan el Bautista pronunció una de las frases más bellas de todo el Nuevo Testamento cuando dijo: ***“Es necesario que Él crezca, pero que yo mengüe”*** (Juan 3:30). Aquellas palabras no expresan una falsa humildad ni una baja autoestima. Expresan la alegría de quien comprendió el verdadero centro de la historia.

Juan sabía que el propósito de Dios nunca consistió en producir grandes hombres que compitieran entre sí por un lugar de honor. Todo apuntaba hacia el Cordero. Él era la luz; los demás solamente darían testimonio de esa luz.

Creo que aquí encontramos también una respuesta para muchas de las tensiones que experimenta la Iglesia contemporánea. Vivimos en una cultura que constantemente nos impulsa a construir una identidad basada en el reconocimiento, la influencia o el éxito.

Ese espíritu puede infiltrarse silenciosamente incluso en el servicio cristiano. Sin darnos cuenta, comenzamos a medir la bendición por el tamaño del ministerio, la cantidad de seguidores, el alcance de nuestras actividades o la valoración que recibimos de los demás. Pero cuanto más

contemplamos al Hombre perfecto, más comprendemos que la vida del Reino funciona de otra manera. Allí toda la gloria converge en una sola Persona, y precisamente por eso todos los demás encuentran finalmente descanso.

Al final, el designio del Padre nunca consistió simplemente en salvar individuos dispersos. Su propósito eterno fue exaltar a su Hijo como Cabeza de una nueva humanidad. Todo lo que el Padre hace conduce hacia Él; todo lo que el Espíritu revela habla de Él; todo lo que la Iglesia anuncia encuentra en Él su contenido y su plenitud.

Por eso maduramos en la medida en que dejamos de ocupar el centro de nuestro propio universo espiritual y aprendemos a vivir cautivados por Cristo. Allí desaparece lentamente la necesidad de demostrar, de competir, de compararnos o de defendernos a través de una justicia propia, porque el corazón descubre que toda la belleza del evangelio consiste precisamente en esto: el Padre ha querido que toda la plenitud permanezca para siempre en el Hombre perfecto, y ha querido, además, que nosotros encontremos nuestra vida, nuestro descanso, nuestra justicia y nuestra gloria únicamente en Él.

Creo que, cuando esta verdad desciende desde la mente hasta el corazón, la vida cristiana deja de ser la búsqueda angustiada de una identidad construida por nosotros mismos y se convierte en el gozo sereno de participar, por pura gracia, de la gloria incomparable del Hijo amado, en quien el Padre

decidió reunir para siempre todo cuanto Él mismo es y todo cuanto desde la eternidad quiso entregar a sus hijos.

Ahora bien, si Dios sabía desde el principio que ningún hombre podría alcanzar por sí mismo la justicia que Él demandaba, ¿por qué entregó una Ley tan elevada? ¿Por qué estableció mandamientos cuya plenitud nadie, excepto Cristo, llegaría jamás a cumplir? ¿No habría sido más sencillo exigir solamente aquello que el hombre era capaz de realizar?

Durante mucho tiempo estas preguntas han parecido difíciles de responder. Sin embargo, el apóstol Pablo ofrece una perspectiva que transforma completamente el panorama. Al escribir a los gálatas declara que ***“la Ley ha sido nuestro ayo para llevarnos a Cristo”*** (Gálatas 3:24). Aquella expresión resulta extraordinariamente reveladora porque modifica el propósito que muchas veces atribuimos a la Ley. Generalmente pensamos que la Ley fue entregada para formar hombres justos. Pablo afirma algo distinto. Dice que su finalidad consistía en conducirnos hacia Cristo.

La diferencia no es pequeña. Si la Ley hubiera tenido como objetivo producir justicia mediante el esfuerzo humano, habría fracasado. Y no porque la Ley fuera imperfecta. Pablo insiste repetidamente en que la Ley es santa, justa y buena. El problema nunca estuvo en ella. El problema siempre estuvo en nosotros. La Ley era como un espejo absolutamente limpio colocado delante de un rostro

manchado. El espejo no producía la suciedad, pero tampoco podía quitarla. Su función consistía en revelarla.

Pienso que aquí aparece un principio que atraviesa toda la revelación bíblica. Dios nunca utilizó la Ley para convencerse de algo que Él ya ignoraba. No necesitaba comprobar si el hombre era capaz de obedecer perfectamente. Él conocía el corazón humano mucho mejor que el propio hombre. La Ley fue dada para que nosotros descubriéramos aquello que Dios ya sabía. Fue el gran diagnóstico divino acerca de la condición humana.

Y este diagnóstico no tenía un propósito cruel. El Padre no disfrutaba viendo fracasar al hombre. Todo lo contrario. Permitió que la incapacidad humana quedara plenamente expuesta para que, cuando apareciera Cristo, nadie pudiera seguir depositando su confianza en sí mismo.

Tal vez por eso Pablo afirma que ***“por las obras de la Ley ningún ser humano será justificado” (Romanos 3:20).*** Esa declaración no significa que la Ley haya sido un error en el plan de Dios. Significa que nunca fue el destino final del plan. Su misión consistía en señalar hacia Otro.

Mientras escribo estas líneas, recuerdo que esto mismo ocurre constantemente en la historia de la redención. El tabernáculo señala hacia Cristo. Los sacrificios señalan hacia Cristo. El sacerdocio señala hacia Cristo. La Pascua señala hacia Cristo. El maná señala hacia Cristo. La roca golpeada señala hacia Cristo. El arca señala hacia Cristo. Todo el

Antiguo Testamento parece lleno de caminos que terminan desembocando en una sola Persona. ¿Por qué habría de ser diferente la Ley?

Quizá el error más frecuente haya consistido en detenernos en el camino sin llegar al destino. Admiramos el dedo que señala y olvidamos contemplar aquello que está siendo señalado. Convertimos el medio en el fin. Hicimos de la Ley un lugar de residencia cuando Dios siempre quiso que fuera un puente.

Esto explica por qué Jesús podía decir a los líderes religiosos: ***“Escudriñáis las Escrituras porque os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39).*** Qué palabras tan solemnes. Aquellos hombres conocían las Escrituras mejor que nadie. Habían dedicado su vida al estudio de la Ley. Sin embargo, el Señor les muestra que habían pasado por alto el verdadero contenido de aquello que leían. Poseían el texto, pero no habían llegado a la Persona hacia la cual el texto apuntaba.

Pienso que este peligro continúa existiendo también hoy en día. Es posible conocer profundamente la Biblia y, al mismo tiempo, leerla colocando constantemente al hombre en el centro. Podemos convertir cada mandato en una nueva obligación, cada promesa en un nuevo objetivo y cada ejemplo bíblico en una nueva exigencia moral. Sin advertirlo, volvemos a recorrer exactamente el mismo camino que recorrieron aquellos intérpretes de la Ley: nos detenemos en las palabras sin llegar al Verbo.

Sin embargo, el Espíritu Santo parece tener una sola pasión a lo largo de toda la Escritura: conducirnos hacia Cristo. Porque únicamente cuando llegamos a Él comprendemos finalmente el sentido de todo lo anterior. La Ley nos muestra la altura de la justicia de Dios, pero solo Cristo nos entrega esa justicia. La Ley revela la santidad del Padre, pero solo Cristo participa con nosotros de esa santidad.

Qué extraordinaria enseñanza la de Dios. No destruyó la confianza del hombre para dejarlo en la desesperación. La destruyó para que pudiera descansar finalmente en su Hijo. Cada fracaso del antiguo hombre preparaba silenciosamente el escenario para la aparición del Hombre perfecto. Cada sacrificio repetido anunciaba que todavía faltaba el verdadero Cordero. Cada sacerdote que envejecía y moría proclamaba que todavía no había llegado el Sacerdote eterno. Cada rey que terminaba desviándose mostraba que el verdadero Rey aún no se había sentado sobre Su trono.

Cuando comprendemos esta dinámica podemos observar que toda la historia nos ha conducido hacia Cristo. Y creo que exactamente allí comienza el verdadero descanso del alma. Porque mientras pensamos que la finalidad de la Ley consiste en producir nuestra propia justicia, nunca dejamos de sentirnos examinados.

Cada lectura de las Escrituras se convierte en una evaluación de nuestro rendimiento espiritual. Pero cuando descubrimos que la Ley fue dada para llevarnos hasta Cristo,

la lectura cambia completamente. Ya no buscamos desesperadamente encontrarnos a nosotros mismos en cada página. Buscamos al Hijo. Descubrimos que la Ley no era la meta, sino el camino; que las demandas no eran el destino, sino las señales colocadas por el Padre para conducirnos hacia el único Hombre que ha podido satisfacerlas plenamente.

Quizá por eso, cuanto más maduramos, menos fascinados quedamos por nuestra propia capacidad espiritual y más maravillados permanecemos ante la sabiduría de Dios. Comprendemos que desde el principio el Padre nunca estuvo improvisando un plan de rescate para una humanidad que lo sorprendió con su fracaso. Todo había sido pensado para que, llegado el cumplimiento del tiempo, el universo entero contemplara la gloria de Su Hijo.

La Ley preparó ese momento. Los profetas anunciaron ese momento. Las sombras anticiparon ese momento. Y cuando finalmente apareció Cristo, todas las piezas encontraron su lugar. Allí la justicia dejó de ser una meta inalcanzable para convertirse en una Persona. Allí la obediencia dejó de ser un peso insoportable para revelarse en el Hombre que siempre hizo la voluntad del Padre. Allí el camino terminó porque el Destino había llegado. Y desde entonces, todo aquel que es conducido hasta Cristo descubre que el gran propósito de Dios nunca fue producir hombres capaces de cumplir perfectamente la Ley, sino regalar al mundo al único Hombre perfecto y, por medio de Él, introducir a muchos hijos en la gloria.

Capítulo tres

HECHOS A LA IMAGEN DEL HOMBRE PERFECTO

Hay afirmaciones de las Escrituras que, precisamente por ser tan conocidas, corren el riesgo de dejar de sorprendernos. Las repetimos con tanta frecuencia que terminamos perdiendo la fuerza de aquello que realmente están diciendo.

Una de ellas aparece en la segunda carta a los Corintios, cuando Pablo escribe: ***“La letra mata, mas el Espíritu vivifica” (2 Corintios 3:6)***. Estas palabras han sido interpretadas de muchas maneras. Algunos las utilizan para despreciar el estudio serio de las Escrituras, como si el conocimiento bíblico fuera un obstáculo para la vida espiritual. Otros las convierten en una defensa de las emociones religiosas frente a la reflexión teológica. Sin embargo, basta leer el contexto para comprender que Pablo no está hablando de ninguna de esas cosas.

Lo que el apóstol pone delante de nuestros ojos es el contraste entre el ministerio de la Ley y el ministerio del Espíritu; entre el antiguo pacto grabado sobre tablas de piedra y el Nuevo Pacto escrito por el Espíritu en corazones de

carne. Es decir, no está comparando dos formas de leer la Biblia, sino dos maneras completamente distintas mediante las cuales el hombre pretende relacionarse con Dios.

Y creo que aquí encontramos una luz extraordinaria para todo cuanto hemos venido desarrollando. ¿Por qué la letra mata? La respuesta no puede ser que los mandamientos sean malos, porque el mismo Pablo afirma que la Ley es santa, justa y buena. Entonces, ¿dónde reside el problema? Reside en aquello que la letra jamás pudo producir: “La vida”.

La Ley podía describir perfectamente la justicia, pero no podía comunicarla al corazón. Podía revelar el carácter de Dios, pero no podía impartir la naturaleza de Dios. Podía señalar el camino, pero no podía darle al caminante las fuerzas necesarias para recorrerlo. En otras palabras, podía mostrar al Hombre perfecto mucho antes de que el Hombre perfecto apareciera, pero no podía convertir a ningún descendiente de Adán en ese Hombre.

Creo que esta diferencia es decisiva. Porque la tragedia del antiguo pacto no consistía en que el hombre ignorara lo que Dios esperaba de él. Al contrario, lo sabía cada vez con mayor claridad. El problema era mucho más profundo. Conocía el bien, pero no encontraba dentro de sí la vida necesaria para producirlo de manera perfecta y permanente.

No deja de ser llamativo que Pablo describa esa experiencia con palabras profundamente personales en

Romanos 7. Allí reconoce que la Ley despertaba en él el deseo de hacer el bien, pero también dejaba al descubierto otra realidad igualmente poderosa: encontraba dentro de sí una fuerza que lo arrastraba en dirección contraria. Su conclusión no consiste en afirmar que la Ley había fracasado, sino en exclamar: *“¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?”*.

Observemos cuidadosamente la pregunta. No pregunta: “¿Qué método me librará?” No pregunta: “¿Qué disciplina me librará?” No pregunta: “¿Qué nuevo mandamiento resolverá el problema?” Pregunta: *“¿Quién?”*

Sin advertirlo, Pablo ya está anunciando el evangelio del Reino. Porque la respuesta nunca sería un principio, sería una Persona. Y precisamente allí comienza el ministerio del Espíritu.

El Espíritu Santo no vino simplemente para ayudarnos a cumplir mejor la Ley. Vino para unirnos al Hombre que ya la cumplió perfectamente. Esta diferencia cambia por completo la manera de entender la vida cristiana.

Muchas veces imaginamos que la obra del Espíritu consiste principalmente en fortalecer nuestra voluntad para que finalmente podamos producir aquello que antes no conseguíamos. Sin embargo, el Nuevo Testamento presenta una realidad mucho más profunda. El Espíritu no trabaja independientemente de Cristo. Su misión permanente

consiste en revelar al Hijo, glorificar al Hijo y comunicar la vida del Hijo a todos aquellos que creen.

Por eso Pablo puede afirmar unas palabras verdaderamente asombrosas unos versículos más adelante: ***“Todos nosotros, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen”***. Durante mucho tiempo pensé que el centro de este pasaje era la transformación. Hoy creo que el centro es aquello que contemplamos.

Porque el apóstol no dice que somos transformados observándonos a nosotros mismos. Tampoco afirma que la transformación ocurre mediante un análisis permanente de nuestros defectos. Toda la atención permanece dirigida hacia la gloria del Señor. Es contemplando al Hijo como el Espíritu realiza silenciosamente su obra en nosotros.

¡Qué diferente resulta esto del camino religioso! La religión mantiene constantemente la mirada del hombre sobre sí mismo. ¿Cómo estoy viviendo? ¿Cuánto he crecido? ¿Qué me falta corregir? ¿En qué he fallado hoy? Aunque estas preguntas puedan parecer espirituales, fácilmente terminan convirtiendo al propio creyente en el centro de su atención. El Nuevo Pacto, en cambio, dirige la mirada hacia Cristo. Y mientras el corazón permanece cautivado por Él, el Espíritu va realizando una transformación que jamás podría producir el esfuerzo introspectivo.

Pienso que esta es una de las razones por las cuales Pablo utiliza la imagen del espejo. Un espejo no genera aquello que refleja. Solamente permite contemplarlo. Del mismo modo, las Escrituras del Nuevo Pacto nos presentan continuamente la gloria del Hijo para que el Espíritu utilice esa contemplación como el medio mediante el cual la vida de Cristo se expresa cada vez con mayor claridad en nosotros.

No se trata de una transformación mágica ni automática. Se trata de una comunión viva. Cuanto más conocemos al Señor, cuanto más penetramos en la belleza de Su carácter, cuanto más descubrimos la perfección de Su obediencia, de Su humildad, de Su amor y de Su dependencia del Padre, más profundamente comprendemos que la vida cristiana nunca consistió en fabricar una copia de Cristo, sino en permitir que Cristo mismo encuentre expresión en quienes hemos sido unidos inseparablemente a Él.

Quizá aquí podamos volver, una vez más, al propósito central de esta serie de libros. Todas las demandas de Dios terminan conduciéndonos al Hombre perfecto porque solamente en Él existe la vida que aquellas demandas describen. La letra puede señalar esa vida; el Espíritu la comunica. La letra puede mostrar el camino; el Espíritu nos une a Aquel que es el Camino. La letra puede revelar la gloria de la justicia divina; el Espíritu nos incorpora al único Hombre que la manifestó plenamente.

Y entonces comprendemos que la obra del Espíritu Santo jamás consiste en desplazar a Cristo hacia un segundo

plano. Todo lo contrario. Cuanto más profundamente actúa el Espíritu, más claramente aparece el Hijo ocupando el centro absoluto de nuestra vida.

Allí desaparece lentamente la obsesión por medir el propio rendimiento espiritual y nace un deseo mucho más profundo: conocer cada vez más a Cristo. Porque el alma descubre que toda transformación verdadera comienza allí donde termina la confianza en uno mismo y donde los ojos permanecen fijos, con creciente admiración, sobre el rostro del Hombre perfecto.

Sólo entonces el ministerio del Espíritu alcanza su propósito más hermoso: no producir hombres orgullosos de su propia santidad, sino hijos que reflejan, cada vez con mayor libertad, la gloria incomparable del Hijo amado, en quien el Padre encontró desde toda la eternidad la plenitud de Su complacencia y por tal motivo nos forma en Él.

“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.”

Romanos 8:29

Si tuviéramos que resumir en una sola frase el propósito eterno de Dios para la humanidad, probablemente muy pocos textos podrían hacerlo con tanta claridad como este, aunque generalmente lo que se lleva nuestra atención es la primera parte del versículo, pero el verdadero centro de la declaración de Pablo no se encuentra únicamente en nuestra

transformación, sino en la posición que ocupa el Hijo dentro del propósito eterno de Dios.

El apóstol no dice simplemente que seremos semejantes a Cristo. Añade inmediatamente la razón: ***“para que Él sea el primogénito”***. Es decir, el proyecto eterno del Padre nunca consistió en producir millones de vidas independientes que, cada una por separado, alcanzaran cierta semejanza moral con Jesús. Su propósito fue mucho más glorioso. Quiso formar una familia cuya vida estuviera completamente definida por una sola Persona. Desde el principio, Cristo ocupa el centro del diseño divino.

Esta verdad armoniza de manera admirable con todo lo que hemos venido descubriendo. Cuando el Padre creó al hombre en el huerto del Edén, ya tenía delante de sí la imagen perfecta de la humanidad.

Adán no era el modelo definitivo; era una figura. Pablo lo llama ***“figura del que había de venir”*** (Romanos 5:14). Esto significa que aun antes de la caída, el pensamiento del Padre no terminaba en el primer Adán. Desde la eternidad contemplaba al postrer Adán, al Hombre perfecto, en quien finalmente se manifestaría sin sombra alguna el propósito original de Dios.

¡Cuánto cambia esta perspectiva nuestra lectura de toda la historia bíblica! Muchas veces pensamos que la caída obligó a Dios a diseñar un plan alternativo. Como si la encarnación hubiera sido una respuesta de emergencia frente

al fracaso del hombre. Sin embargo, el Nuevo Testamento presenta una visión completamente diferente.

Cristo no aparece como un recurso improvisado, sino como el centro del plan eterno. El Cordero fue conocido desde antes de la fundación del mundo, y la Iglesia fue escogida en Él antes de que existiera el tiempo. Todo cuanto ocurrió en la historia fue conduciendo silenciosamente hacia la manifestación de Aquel que desde siempre ocupó el corazón del Padre.

Por eso resulta tan significativo que Pablo utilice la palabra ***“imagen”***. Desde el comienzo de Génesis, el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios. Aquella declaración no significaba que Adán fuera la revelación plena de Dios; significaba que había sido formado para reflejarlo. Pero el pecado deformó profundamente ese reflejo. La humanidad no perdió totalmente la imagen de Dios, pero sí perdió la capacidad de expresarla con la pureza para la cual había sido creada. Entonces apareció Cristo.

El Nuevo Testamento lo presenta precisamente como ***“la imagen del Dios invisible”*** (Colosenses 1:15). Observemos la diferencia. Adán fue creado a imagen de Dios. Cristo es la imagen de Dios. No se trata simplemente de un hombre que refleja correctamente al Padre; Él es la revelación perfecta del Padre. Por eso dijo: ***“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”***.

En Él ya no contemplamos un reflejo parcial ni una representación limitada. Contemplamos al Hombre en quien la humanidad alcanza finalmente aquello para lo cual fue pensada desde el principio.

Pienso que aquí encontramos una clave extraordinaria para comprender nuestra propia transformación. Muchas veces imaginamos que Dios trabaja directamente sobre nuestro carácter intentando corregir uno por uno nuestros defectos. Sin embargo, Pablo parece describir un camino diferente.

El propósito del Padre consiste en conformarnos a la imagen de su Hijo. Esto significa que la transformación no comienza observando nuestras carencias, sino contemplando la perfección de Cristo. La meta nunca es una versión mejorada de nosotros mismos. La meta siempre es el Hijo.

Cuanto más medito en esto, más convencido estoy de que la vida cristiana no consiste en perfeccionar al viejo hombre. Ese proyecto jamás aparece en el Nuevo Testamento. El viejo hombre no recibe un tratamiento de restauración progresiva; fue crucificado con Cristo. Lo que el Espíritu Santo desarrolla en nosotros pertenece a la nueva creación, y esa nueva creación posee desde el comienzo un solo modelo: “el Hombre perfecto”.

Quizá por eso Pablo jamás invita a los creyentes a buscar una identidad separada de Cristo. Todo lo contrario. Repite una y otra vez que nuestra vida está escondida con

Cristo en Dios. Esa expresión siempre me ha parecido profundamente hermosa. Nuestra vida permanece escondida porque nuestra verdadera identidad ya no puede comprenderse aislándola del Hijo. Intentar definirnos sin Cristo sería tan absurdo como intentar comprender una rama separándola del árbol del cual recibe toda su vida.

Esta verdad posee también una enorme fuerza pastoral. Cuántos creyentes viven frustrados porque comparan continuamente la realidad presente de su experiencia con la perfección que todavía no ven plenamente manifestada en ellos. Se observan a sí mismos con una severidad constante y terminan desanimándose al descubrir que aún existen luchas, debilidades y procesos inconclusos.

Sin embargo, el evangelio dirige la mirada hacia otra certeza. El Padre ya contempla el destino final de sus hijos porque los contempla en Cristo. La obra todavía continúa desarrollándose en nuestra experiencia cotidiana, pero su fundamento ya ha sido establecido definitivamente en el Hombre perfecto.

Esto no disminuye la importancia del crecimiento espiritual; al contrario, le otorga una esperanza completamente diferente. Ya no caminamos intentando alcanzar una identidad incierta. Caminamos porque hemos recibido una identidad segura.

No avanzamos hacia una posible aceptación. Avanzamos desde una aceptación que ya nos fue concedida.

El crecimiento deja de ser una carrera desesperada para ganar el favor de Dios y se convierte en el gozoso despliegue de una vida que el Padre ya sembró en nosotros mediante la unión con su Hijo.

Y entonces la segunda parte del versículo adquiere una belleza extraordinaria: ***“para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos...”*** El propósito eterno del Padre nunca fue simplemente rescatar individuos del pecado. Fue rodear a su Hijo de una inmensa familia que compartiera su vida, su herencia y su comunión con el Padre.

Cristo no se avergüenza de llamarnos hermanos porque el Padre decidió incorporarnos a la misma humanidad nueva cuya Cabeza es el Hombre perfecto. Él permanece único, incomparable y eterno; jamás habrá otro como Él.

Sin embargo, por pura gracia, quiso compartir con nosotros todo aquello que recibió del Padre, de manera que la historia de la redención termina convirtiéndose, no en la exaltación de la capacidad humana, sino en la celebración eterna de un solo Hombre cuya perfección alcanzó para introducir a una multitud incontable en la misma comunión de amor que Él disfruta desde antes de la fundación del mundo.

Creo que, cuando esta verdad comienza a gobernar el corazón, la vida cristiana deja de ser el esfuerzo por construir una imagen espiritual propia y se convierte en el inmenso privilegio de dejar que la imagen del Hijo ocupe

progresivamente todo el espacio de nuestra existencia. Allí comprendemos que el mayor propósito de Dios nunca fue producir hombres admirables, sino revelar al mundo, una y otra vez, la incomparable belleza del Hombre perfecto.



Capítulo cuatro

COMPLETOS EN EL HOMBRE PERFECTO

Existe una palabra que atraviesa silenciosamente toda la carta a los Hebreos y que, sin embargo, pocas veces ocupa el lugar que merece en nuestra comprensión del evangelio. Esa palabra es ***“reposo”***. El autor la toma de la historia de Israel, recuerda el fracaso de aquella generación que salió de Egipto pero no entró en la tierra prometida, y luego afirma que todavía permanece abierto un reposo para el pueblo de Dios.

A primera vista parecería que está hablando únicamente de un lugar o de una promesa futura. Sin embargo, a medida que el argumento avanza, comprendemos que el verdadero reposo posee una profundidad infinitamente mayor. La frase decisiva aparece casi al final del razonamiento:

“Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas”.

Hebreos 4:10

Siempre me ha impresionado la manera en que el autor establece esta comparación. No dice simplemente que el creyente descansa de sus preocupaciones, ni que encuentra alivio para sus cargas. Afirma que reposa de sus obras como Dios reposó de las suyas.

Inmediatamente nuestra mente vuelve al segundo capítulo de Génesis. Después de completar toda la creación, Dios reposó. No porque estuviera cansado, sino porque la obra había sido concluida. Nada necesitaba ser añadido. Nada permanecía incompleto. El reposo era la consecuencia natural de una obra perfecta.

Ahora bien, el escritor de Hebreos toma esa imagen y la aplica al evangelio. ¿Por qué puede reposar el creyente? ¿Porque finalmente ha logrado obedecer todo cuanto Dios esperaba de él? Evidentemente no. El argumento de toda la carta apunta exactamente en la dirección opuesta. El creyente puede entrar en el reposo porque Otro ha concluido la obra.

Pienso que aquí se encuentra una de las diferencias más profundas entre el antiguo pacto y el Nuevo. Bajo la Ley, el sacerdote jamás terminaba completamente su tarea. Cada día debía volver al altar. Cada año llegaba nuevamente el Día de la Expiación. Cada sacrificio anunciaba que todavía quedaba algo pendiente. La repetición constante demostraba que la obra nunca alcanzaba una consumación definitiva.

Sin embargo, cuando el autor de Hebreos comienza a hablar de Cristo, el lenguaje cambia por completo. Ya no

presenta un sacerdote que permanece continuamente de pie ministrando. Presenta a un Sumo Sacerdote que, después de ofrecer un solo sacrificio por los pecados para siempre, se sentó a la diestra de Dios.

Siempre me ha parecido profundamente significativo ese pequeño detalle: “*Se sentó...*” En el tabernáculo del Antiguo Testamento no existían sillas para los sacerdotes. No las necesitaban porque su trabajo nunca terminaba. El ministerio exigía una actividad permanente. Pero Cristo se sienta porque su obra no necesita ser repetida. La perfección del sacrificio produce el reposo del Sacerdote.

Entonces podemos comprender algo extraordinario. Nuestro reposo nace del suyo; nosotros descansamos porque Él terminó; nosotros cesamos de intentar construir una justicia propia porque Él presentó una justicia perfecta; nosotros dejamos de ofrecer sacrificios porque Él se ofreció a sí mismo una vez y para siempre.

Mientras escribo estas líneas, no puedo evitar pensar que quizá aquí se encuentra una de las mayores necesidades de la Iglesia contemporánea. Vivimos rodeados de una cultura que mide permanentemente el valor de las personas por aquello que producen.

Desde muy pequeños aprendemos que debemos demostrar resultados, alcanzar metas, superar objetivos y justificar constantemente nuestra existencia mediante el rendimiento. Sin advertirlo, esa misma lógica puede

infiltrarse en nuestra relación con Dios. Empezamos a pensar que también delante del Padre debemos demostrar continuamente nuestro valor espiritual.

Entonces la oración deja de ser comunión para convertirse en rendimiento; la lectura de las Escrituras deja de ser contemplación para convertirse en obligación; el servicio deja de ser gratitud para convertirse en mérito. Incluso la santidad puede transformarse silenciosamente en una carrera interminable para probar que realmente pertenecemos a Dios.

Pero el evangelio del Reino anuncia algo completamente diferente, nos invita a descansar, no en nosotros, sino en Cristo.

Es importante comprender que este reposo no tiene nada que ver con la pasividad espiritual. El Nuevo Testamento jamás promueve una vida indiferente o perezosa. El mismo Pablo, que predicó la gracia como nadie, dijo trabajar más que muchos de sus contemporáneos. Sin embargo, él mismo aclaró inmediatamente el verdadero origen de ese trabajo: ***“No yo, sino la gracia de Dios conmigo” (1 Corintios 15:10).*** La actividad permanece, pero desaparece la ansiedad de tener que justificarse mediante ella.

Creo que esta diferencia transforma completamente la experiencia cotidiana del creyente. Quien trabaja para ser aceptado vive bajo una presión permanente. Cada fracaso

pone en duda su identidad. Cada caída lo hace preguntarse si todavía pertenece al Señor. Cada comparación con otros creyentes alimenta la inseguridad.

En cambio, quien ha entrado en el reposo de Cristo sirve desde un lugar completamente diferente. Ya no necesita demostrar que es hijo; sirve porque sabe que es hijo. Ya no busca producir una justicia; expresa la justicia que recibió en el Hombre perfecto.

Tal vez por eso Jesús pronunció una de las invitaciones más conmovedoras de todo el evangelio: ***“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”*** (Mateo 11:28). Sin duda, el Señor estaba hablando de una carga mucho más antigua y mucho más pesada que nuestras cargas domésticas. Él se estaba refiriendo a la carga de intentar alcanzar por nosotros mismos aquello que únicamente Él podía entregarnos por gracia.

Los oyentes de Jesús vivían bajo un sistema religioso que había convertido la relación con Dios en un peso insoportable. El Maestro no los estaba invitando simplemente a cambiar de método; los estaba invitando a cambiar de Persona, por eso les dijo: ***“Venid a mí...”*** y esto sigue más vigente que nunca.

El reposo de Dios tiene un rostro. El descanso del creyente no consiste en dejar de luchar para comenzar a vivir una existencia cómoda y sin desafíos. Consiste en abandonar definitivamente el agotador intento de convertirse, por sus

propias fuerzas, en el hombre que Dios demanda, para descubrir con inmensa alegría que ese Hombre ya existe. Vive, reina y permanece para siempre delante del Padre. Él es el Hombre perfecto.

Él es el Sacerdote que se sentó porque la obra fue consumada. Él es el Hijo en quien el Padre encontró toda su complacencia. Y cuando el creyente entra por la fe en esa realidad, comprende que el verdadero reposo no nace de la ausencia de trabajo, sino de la certeza de que la obra decisiva ya fue realizada por Otro.

Desde allí comienza una nueva manera de vivir. Ya no movida por el temor de no alcanzar jamás la medida de Dios, sino impulsada por el gozo de saber que el Padre nos ha unido inseparablemente a Aquel que alcanzó para siempre esa medida. Solo entonces el alma deja de luchar por conquistar un lugar delante de Dios y empieza, por fin, a vivir desde el lugar que el Hombre perfecto abrió para todos los que permanecen eternamente en Él.

Cuando estudiamos las Escrituras bajo este enfoque de Reino encontramos expresiones cuya profundidad es tan inmensa que una sola vida parece insuficiente para explorarlas. Cada vez que volvemos sobre ellas descubrimos matices nuevos, conexiones inesperadas y una belleza que antes había permanecido oculta.

Una de esas expresiones se encuentra en la carta a los Colosenses cuando Pablo, hablando de Cristo, escribe:

“Porque en Él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en Él”.

Colosenses 2:9

Esta es una de las definiciones más perfectas del Nuevo Pacto. Pablo comienza con una afirmación absolutamente cristológica. Todo empieza en Cristo. Toda la plenitud de Dios habita en Él. No una parte de Dios. No una manifestación parcial. No un reflejo disminuido de la naturaleza divina. ***“Toda la plenitud”***.

Resulta interesante observar que el apóstol no intenta demostrar esta verdad mediante largos razonamientos filosóficos. La afirma con la sencillez propia de quien está describiendo una realidad evidente. Cristo no es simplemente un enviado de Dios; es el lugar donde toda la plenitud de Dios ha decidido habitar. Todo cuanto el Padre es, todo cuanto el Espíritu revela, todo cuanto el corazón de Dios desea comunicar al hombre encuentra su expresión perfecta en el Hijo.

Pero inmediatamente después de realizar esa declaración sublime, Pablo dirige la mirada hacia los creyentes y añade una frase que, a mi juicio, resulta todavía más sorprendente: ***“Y vosotros estáis completos en Él...”*** No dice que llegaréis a estar completos. No afirma que la plenitud será alcanzada después de una larga vida de esfuerzo espiritual. Tampoco presenta la completitud como un premio reservado para unos pocos creyentes especialmente

consagrados. Habla de una realidad presente: ***“Estáis completos”***.

Pienso que aquí debemos detenernos, porque nuestra manera habitual de pensar suele caminar en dirección exactamente opuesta. La mayoría de nosotros comienza la vida cristiana profundamente consciente de todo aquello que le falta.

Sentimos que nos falta paciencia, nos falta fe, nos falta amor, nos falta sabiduría, nos falta dominio propio, nos falta santidad. Y, desde luego, si observamos nuestra experiencia cotidiana, esa percepción posee una parte de verdad. Todos estamos siendo transformados. Todos seguimos creciendo. Todos necesitamos madurar.

Sin embargo, Pablo parece mirar la realidad desde un lugar completamente diferente. Él no niega el crecimiento, simplemente decide comenzar por otro punto. Comienza por Cristo. Y precisamente porque comienza por Cristo puede afirmar que el creyente ya participa de una plenitud que no depende del grado de madurez que haya alcanzado, sino de la Persona con quien ha sido unido.

Creo que aquí encontramos una diferencia decisiva entre la lógica del Reino y la lógica natural del hombre. Nosotros solemos pensar en términos de acumulación. Imaginamos que la vida espiritual consiste en ir agregando elementos hasta alcanzar, algún día, una condición aceptable delante de Dios. Un poco más de conocimiento, un poco más

de experiencia, un poco más de obediencia, un poco más de carácter, y finalmente llegaremos a ser aquello que el Padre espera, pero Pablo parece describir exactamente el movimiento inverso.

No comenzamos vacíos para intentar llenarnos poco a poco, comenzamos en Cristo, y en Cristo ya habita toda la plenitud. El crecimiento, entonces, deja de ser la búsqueda angustiada de algo que todavía no poseemos y se convierte en el descubrimiento progresivo de aquello que el Padre ya nos concedió en su Hijo. Esta diferencia puede parecer sutil, pero transforma completamente la experiencia cristiana.

Permítanme ilustrarlo con una imagen sencilla. Pensemos en un niño que nace dentro de una familia. Desde el primer instante posee plenamente la condición de hijo. No necesita crecer para convertirse en miembro de esa familia. El crecimiento no le otorgará una identidad que todavía no tiene; simplemente le permitirá comprender y disfrutar cada vez más la riqueza de la relación que ya posee desde el nacimiento.

Algo semejante ocurre con nuestra vida en Cristo. La madurez no crea nuestra unión con Él, sino que la desarrolla. No produce la herencia, sino que nos enseña a vivir en ella. No construye la aceptación, sino que nos permite descansar cada vez más profundamente en ella. Por eso me parece tan significativo que Pablo utilice la palabra “*completos*”.

El apóstol sabe perfectamente que los creyentes de Colosas todavía luchan con debilidades, tentaciones y errores doctrinales. Sin embargo, no comienza recordándoles sus carencias. Comienza recordándoles dónde se encuentra su verdadera suficiencia.

Porque el gran peligro de toda espiritualidad centrada en el hombre consiste en que termina haciendo de las carencias el punto de partida. El creyente vive permanentemente ocupado en aquello que todavía no ha alcanzado.

Mide continuamente la distancia que existe entre su experiencia y el ideal que contempla en las Escrituras. Poco a poco, sin advertirlo, Cristo deja de ocupar el centro de la escena y el propio creyente pasa a convertirse en el objeto principal de su atención. Sin embargo, Pablo hace exactamente lo contrario, levanta los ojos de la Iglesia hacia Cristo y una vez que Cristo ocupa nuevamente el lugar central, toda la comprensión de la vida espiritual cambia.

Porque si realmente estamos completos en Él, entonces cada demanda de Dios debe ser leída a la luz de esa plenitud. Cuando el Padre habla de amor, no está señalando una realidad ajena a Cristo. Ese amor ya existe plenamente en el Hijo.

Cuando habla de santidad, esa santidad ya resplandece en Cristo. Cuando habla de obediencia, de mansedumbre, de fidelidad o de pureza, todo aquello ya vive perfectamente en

Él. El creyente no necesita fabricar una realidad paralela. Necesita permanecer unido a la fuente donde toda esa plenitud habita sin medida.

Creo que precisamente por eso el Nuevo Testamento insiste tanto en la expresión de vivir en Cristo. No se trata de una fórmula doctrinal repetida mecánicamente por los apóstoles. Es el lenguaje propio de una nueva creación. Todo cuanto poseemos lo poseemos en Cristo. Toda nuestra identidad se encuentra en Cristo. Toda nuestra esperanza permanece en Cristo. Toda nuestra justicia descansa en Cristo. Toda nuestra herencia está asegurada en Cristo. Toda nuestra vida brota de Cristo.

Y entonces comprendemos algo verdaderamente maravilloso. El crecimiento espiritual no consiste en alejarnos de Cristo para desarrollar una espiritualidad autónoma. Consiste en profundizar cada vez más en la inmensidad de Aquel en quien ya habita toda la plenitud.

Cuanto más conocemos al Hijo, más descubrimos la riqueza de aquello que el Padre depositó en Él para nosotros. Es como explorar un océano infinito cuya profundidad nunca se agota. En tal caso maduramos, no porque Cristo vaya creciendo dentro de nosotros como si antes hubiera sido insuficiente, sino porque nuestros ojos comienzan a abrirse progresivamente para contemplar la infinita suficiencia del Hombre perfecto.

Allí termina la ansiedad por completar aquello que Dios ya declaró completo en Su Hijo. Allí cesa la angustia de intentar añadir algo a una obra consumada. Allí el alma aprende, finalmente, que toda la plenitud que el Padre buscó desde la eternidad no solamente reside en Cristo, sino que, por un acto insondable de gracia, ha querido compartirla con todos aquellos que permanecemos unidos para siempre al Hombre perfecto.

Creo que pocas verdades poseen un poder tan grande para liberarnos de la esclavitud del esfuerzo religioso y conducirnos hacia el descanso gozoso de una vida cuya suficiencia ya no depende de nosotros mismos, sino de la inagotable plenitud de Cristo.



Capítulo cinco

LA FRUCTIFICACIÓN EN EL HOMBRE PERFECTO

A lo largo de la historia de la Iglesia ha existido una tendencia casi inevitable: reducir la vida cristiana a un sistema de imitación. Sin duda, esa manera de pensar nació de un deseo sincero. Después de todo, el propio apóstol Pablo exhorta a los creyentes a ser imitadores de él, así como él lo era de Cristo.

Además, la belleza de la vida del Señor despierta naturalmente el anhelo de parecernos a Él. No hay nada incorrecto en ese deseo. El problema aparece cuando la imitación deja de ser la consecuencia de una vida compartida y se convierte en el método mediante el cual intentamos producir esa vida. La diferencia puede parecer pequeña, pero en realidad separa dos maneras completamente distintas de comprender el evangelio.

Un actor puede imitar con notable precisión los gestos, la voz y hasta las expresiones de otra persona. Desde cierta distancia puede parecer idéntico al original. Sin embargo, toda esa semejanza permanece únicamente en la superficie.

No participa de la vida del hombre que representa. Solamente reproduce algunos de sus movimientos.

Pienso que muchos hermanos han vivido el cristianismo de esa manera. Han aprendido cómo debería hablar un creyente, cómo debería reaccionar frente a determinadas circunstancias, qué palabras utilizar al orar, cómo expresar humildad, cómo mostrar paciencia o cómo responder con amor.

Poco a poco esos hermanos fueron incorporando un lenguaje, ciertos hábitos y determinadas conductas que, exteriormente, pueden llegar a parecer muy cristianas. Pero en lo profundo del corazón siguieron siendo los mismos y bajo una sensación difícil de explicar, ya que, a pesar de declarar la paz de Cristo, el esfuerzo nunca les permite obtenerla definitivamente.

Para estos hermanos se torna necesario procurar y sostener aquella imagen. Basta una presión intensa, una injusticia inesperada o una circunstancia dolorosa para que aparezca nuevamente aquello que intentan mantener oculto. ¿Por qué ocurre esto? Porque la imitación jamás puede reemplazar a la vida.

Un árbol no necesita aprender a parecerse a otro árbol de su misma especie. Produce naturalmente aquello que corresponde a la vida que circula por su interior. Del mismo modo, el Nuevo Pacto nunca fue concebido como un sistema mediante el cual el hombre aprende a reproducir el

comportamiento de Jesús. Fue concebido como la participación real en la vida del Hijo mediante la obra del Espíritu Santo.

Creo que esta diferencia explica muchas afirmaciones del Nuevo Testamento que, de otro modo, resultarían difíciles de armonizar. Pablo no dice solamente que debemos actuar como Cristo; afirma algo mucho más profundo: ***“Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20)***. Si leemos esa declaración con atención, advertimos inmediatamente que el centro ya no es la imitación. El centro es la participación.

El apóstol no está diciendo que logró copiar tan bien el carácter del Señor que finalmente parece otro Cristo. Está describiendo una realidad completamente diferente. La vida que ahora lo sostiene posee un origen distinto. Continúa siendo Pablo. Su personalidad no desaparece. Sus recuerdos, su historia y aun sus rasgos particulares permanecen. Pero el principio que gobierna esa nueva existencia ya no procede del viejo hombre. Procede de Cristo.

Cuanto más medito en esta verdad, más convencido estoy de que aquí se encuentra uno de los mayores tesoros del evangelio del Reino. El Padre nunca soñó con llenar el mundo de excelentes imitadores de Jesús. Quiso llenar el mundo de hijos que participaran de la vida de Su Hijo. La diferencia entre ambas cosas es inmensa. El imitador necesita observar continuamente el modelo para reproducirlo. El hijo posee la misma naturaleza de la familia a la que pertenece.

Naturalmente, debemos ser muy cuidadosos al expresar esta verdad. No participamos de la Deidad como Cristo participa de ella. Él permanece eternamente único, el Hijo eterno de Dios, consustancial al Padre. Esa gloria jamás será compartida con ninguna criatura. Sin embargo, por gracia, hemos sido hechos participantes de la naturaleza divina, como afirma Pedro, no porque nos transformemos en dioses, sino porque la vida del Resucitado ha sido comunicada a quienes nacimos de nuevo.

Quizá por eso el Nuevo Testamento utiliza con tanta frecuencia el lenguaje del nacimiento. Jesús no habló simplemente de aprender una nueva doctrina. Dijo que era necesario nacer de nuevo. Nadie aprende a convertirse en hijo mediante un curso de formación. La filiación comienza con la vida. Después viene el crecimiento. Primero existe el nacimiento; luego la madurez.

Y pienso que muchas veces hemos invertido ese orden. Hemos intentado enseñar comportamientos propios de los hijos a personas que todavía no habían comprendido la vida que habían recibido en Cristo. Les hablamos de paciencia, de humildad, de dominio propio y de amor, pero con demasiada frecuencia esas virtudes terminaron siendo presentadas como metas independientes de la comunión con el Hijo.

El resultado casi siempre fue el mismo: algunos consiguieron mejorar ciertos aspectos de su conducta, pero pocos descubrieron el descanso de vivir desde una vida que no dependía de ellos.

No deja de ser significativo que el fruto del Espíritu sea presentado precisamente como fruto y no como una lista de tareas. El lenguaje escogido por Pablo vuelve a recordarnos que el centro no es el esfuerzo de la rama, sino la calidad de la vida que circula por ella.

El amor, el gozo, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la fe, la mansedumbre y el dominio propio aparecen porque existe una vida que los produce. Intentar fabricar esos frutos al margen de Cristo sería tan inútil como pegar manzanas sobre las ramas de un árbol seco esperando que, por ese simple hecho, el árbol se convierta en un manzano.

Creo que aquí el evangelio alcanza una belleza verdaderamente conmovedora. El Padre nunca se conformó con mejorar al viejo hombre. Tampoco quiso que aprendiéramos a representar el papel de buenos cristianos. Su propósito fue infinitamente más profundo. Decidió hacernos participar de la vida de su propio Hijo para que, desde esa unión, comenzara a manifestarse una humanidad completamente nueva.

Por eso la santidad del creyente nunca puede entenderse como un disfraz cuidadosamente construido. Es la expresión creciente de una vida que ya ha sido sembrada por Dios.

Esta comprensión también transforma nuestra manera de acompañar a otros en su crecimiento espiritual. Cuando vemos a un hermano luchar con determinadas debilidades, la

solución no consiste únicamente en insistir una y otra vez sobre aquello que debería hacer. Sin duda habrá exhortaciones, correcciones y llamados al arrepentimiento. El Nuevo Testamento está lleno de ellos. Pero todas esas exhortaciones encuentran su verdadera eficacia únicamente cuando vuelven a conducir al creyente hacia Cristo.

Porque el problema más profundo nunca es simplemente la falta de información acerca del bien. El problema consiste en olvidar la fuente de la vida. Cada exhortación apostólica, en el fondo, termina conduciendo nuevamente al Hijo.

Quizá por eso las cartas de Pablo dedican mucho más espacio a describir quién es Cristo y quiénes somos en Él que a elaborar interminables listas de comportamientos. El apóstol sabe que una Iglesia fascinada por Cristo terminará produciendo un fruto que ninguna presión religiosa podría fabricar. En cambio, una Iglesia obsesionada consigo misma podrá multiplicar las normas, pero difícilmente experimentará la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

Al llegar a este punto, siento que el Espíritu Santo nos vuelve a conducir al mismo lugar donde comenzó esta serie de enseñanzas. El Padre siempre buscó al Hombre perfecto. Toda la historia bíblica apunta hacia Él. Todas las demandas encuentran en Él su cumplimiento. Toda la plenitud habita en Él. Y ahora comprendemos que el propósito final del evangelio tampoco consiste en que los creyentes aprendamos simplemente a parecernos exteriormente a ese Hombre, sino

en que vivamos unidos a Él de una manera tan profunda que Su propia vida encuentre expresión en nosotros.

Allí desaparece lentamente el agotamiento de intentar sostener una espiritualidad construida por el esfuerzo humano. Allí nace nuestra libertad. Allí dejamos de preguntarnos constantemente cómo podemos imitar mejor a Cristo y comenzamos, con humilde asombro, a descubrir que Cristo mismo ha decidido vivir en nosotros.

Y cuando esa realidad gobierna nuestro corazón, el evangelio del Reino deja de ser una escuela de excelentes imitadores para convertirse en el milagro permanente de una nueva humanidad cuya vida, cuya justicia, cuya obediencia y cuyo amor brotan incesantemente del Hombre perfecto.

Ahora bien, puede que una de las preguntas que más haya acompañado a la Iglesia a lo largo de los siglos sea esta: si toda nuestra justicia se encuentra en Cristo y si el Padre nos acepta únicamente en su Hijo, ¿por qué sigue llamándonos a obedecer?

Algunos han respondido debilitando la gracia, como si el evangelio consistiera finalmente en una mezcla de la obra de Cristo y el esfuerzo del hombre. Otros, reaccionando frente a ese peligro, han terminado minimizando la importancia de la obediencia, como si la gracia eliminara toda responsabilidad práctica. Sin embargo, el Nuevo Testamento no se mueve hacia ninguno de esos extremos. Hace algo mucho más hermoso. Conserva intacta la

perfección de la obra de Cristo y, al mismo tiempo, presenta una obediencia que nace de una fuente completamente nueva.

Pienso que el problema nunca estuvo en la obediencia misma. Después de todo, Cristo fue perfectamente obediente. Si la obediencia fuera un concepto negativo, no podría constituir una de las mayores glorias del Hijo. El verdadero problema siempre fue el lugar desde el cual el hombre intentó obedecer.

El antiguo pacto colocaba delante del hombre el mandamiento y esperaba una respuesta. El Nuevo Pacto coloca al hombre en Cristo y, desde esa unión, produce una respuesta completamente distinta. La diferencia parece sencilla, pero cambia todo.

Imaginemos por un momento dos árboles. Al primero se le cuelgan artificialmente frutos maduros para que, desde lejos, parezca lleno de vida. El segundo permanece unido a una raíz sana y, con el paso del tiempo, produce naturalmente aquello que corresponde a su naturaleza. A simple vista ambos pueden parecer semejantes durante un breve período. Sin embargo, tarde o temprano la diferencia quedará al descubierto. En uno existe únicamente apariencia; en el otro existe vida.

Creo que algo semejante sucede con la obediencia cristiana. Cuando la obediencia nace del temor, del deseo de ser aceptados, de la necesidad de construir una identidad espiritual o del intento de alcanzar una justicia propia, podrá

producir determinadas conductas externas, pero difícilmente transformará el corazón. El hombre seguirá siendo el centro de todo. Incluso mientras obedece, continuará profundamente ocupado en sí mismo.

En cambio, cuando la obediencia brota de la comunión con Cristo, sucede algo completamente distinto. Ya no actuamos para convertirnos en hijos; actuamos porque hemos nacido como hijos. Ya no intentamos producir una justicia que todavía no poseemos, sino que expresamos una justicia que recibimos gratuitamente en el Hombre perfecto.

Por eso Jesús pudo decir: ***“Si permanecéis en mí... llevaréis mucho fruto”***. ¡Qué diferente es permanecer de esforzarse! Permanecer habla de comunión, habla de dependencia, habla de una vida compartida, habla de una rama que no necesita fabricar la savia que la alimenta, sino permanecer unida al tronco del cual recibe continuamente todo cuanto necesita.

Pienso que esta imagen resume admirablemente el corazón del Nuevo Pacto. La rama no vive para demostrar que pertenece a la vid. Vive porque pertenece a la vid. Y precisamente esa unión hace posible el fruto.

No deja de sorprenderme que Jesús jamás colocara el fruto antes de la permanencia. Nosotros solemos invertir ese orden. Pensamos que, si logramos producir suficiente fruto, entonces podremos estar seguros de permanecer en Cristo. El

Señor enseña exactamente lo contrario. Permaneced... y el fruto aparecerá.

Es imposible leer estas palabras sin recordar la primera tentación del Edén. Allí la serpiente convenció al hombre de que podía alcanzar una condición superior actuando independientemente de Dios. Toda la historia posterior demuestra el fracaso de aquella propuesta. El hombre separado de la Fuente jamás pudo producir la vida que buscaba. El evangelio, en cambio, anuncia el camino inverso. Regresa a la dependencia. Regresa a la comunión. Regresa a la Vida. Y entonces la obediencia deja de ser una demostración de autosuficiencia para convertirse en una expresión de dependencia.

Creo que aquí encontramos también una respuesta para un problema muy frecuente en la vida cristiana. Muchos creyentes viven alternando entre dos estados emocionales. Cuando sienten que han obedecido correctamente experimentan cierta tranquilidad. Cuando fracasan, toda su seguridad parece desmoronarse. Sin darse cuenta, continúan utilizando su propia obediencia como el fundamento de su paz.

Pero el evangelio jamás construye la seguridad sobre nuestra obediencia, la construye sobre la obediencia de Cristo. Y precisamente porque esa seguridad ya no depende de nosotros, podemos obedecer con una libertad completamente nueva.

Esta diferencia resulta decisiva. El esclavo obedece para evitar el castigo; el asalariado obedece para recibir una recompensa; el hijo obedece porque ama a su Padre. No se trata simplemente de un cambio de motivación psicológica. Se trata de una realidad espiritual completamente diferente. El amor del Padre, derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, produce una obediencia que ya no nace del miedo, sino de la comunión.

Quizá por eso Juan escribe: ***“Nosotros le amamos a Él, porque Él nos amó primero” (1 Juan 4:19)***. Siempre me ha parecido que ese “primero” contiene toda la lógica del evangelio. Dios siempre toma la iniciativa. Él ama primero. Él da primero. Él llama primero. Él justifica primero. Él vivifica primero. Él entrega primero a su Hijo. Y solamente después aparece nuestra respuesta.

¿No es exactamente el mismo principio que hemos venido descubriendo desde el comienzo del primer volumen? El Padre nunca demanda aquello que antes no haya entregado. Cuando demanda amor, ya nos ha amado en Cristo. Cuando demanda justicia, ya nos ha dado su justicia en Cristo. Cuando demanda santidad, ya nos ha santificado en Cristo. Cuando demanda obediencia, ya contempla delante de sí la obediencia perfecta de Cristo, y desde esa perfección hace nacer una nueva obediencia en sus hijos. Todo comienza siempre en el Hijo.

Cuanto más pienso en esto, más convencido estoy de que aquí se encuentra una de las mayores diferencias entre la

religión y el evangelio del Reino. La religión siempre coloca el mandato delante del hombre y le dice: “Si obedeces, vivirás”. El evangelio coloca delante del hombre al Hijo resucitado y le anuncia: “Vive en Él, y descubrirás la obediencia que solamente esa vida puede producir”. El orden ha cambiado para siempre. Ya no es la obediencia la que produce la vida; es la Vida la que produce la obediencia.

Y entonces comprendemos que las exhortaciones apostólicas jamás fueron escritas para volver a colocar al creyente bajo el antiguo sistema del mérito. Fueron escritas para enseñar cómo se expresa la vida de Cristo en quienes permanecen unidos a Él.

Cada mandato del Nuevo Testamento describe el carácter del Hombre perfecto, pero también anuncia el fruto que el Espíritu Santo desea manifestar en aquellos que participan de su vida. De esa manera, la obediencia deja de ser una pesada escalera mediante la cual intentamos ascender hasta Dios y se convierte en el camino gozoso por el cual la vida del Hijo desciende y se hace visible en nuestra existencia cotidiana.

Allí desaparece la angustia de tener que construir una justicia propia. Allí también desaparece la falsa libertad que pretende vivir sin obedecer. En su lugar nace algo infinitamente más hermoso: la obediencia sencilla, espontánea y agradecida de quienes han descubierto que toda la voluntad del Padre ya encontró su expresión perfecta en el

Hombre perfecto y que, por pura gracia, esa misma vida ha comenzado a manifestarse también en ellos.

Creo que, cuando la Iglesia vuelva a comprender esta verdad, dejará de debatirse entre el legalismo y la permisividad, porque descubrirá un camino mucho más excelente: el camino de Cristo, donde la gracia no elimina la obediencia, sino que la hace posible.



Capítulo seis

EL ALFA Y LA OMEGA DE LA REVELACIÓN

Existe una escena extraordinaria en los evangelios que, cuanto más la contemplamos, más profundamente ilumina todo el mensaje del Nuevo Pacto. Me refiero al bautismo de Jesús. Después de salir de las aguas del Jordán, los cielos se abrieron, el Espíritu descendió sobre Él en forma de paloma y entonces se oyó una voz desde el cielo que decía: ***“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”*** (Mateo 3:17).

Siempre me ha resultado significativo el momento en que el Padre pronuncia estas palabras. Jesús todavía no había sanado enfermos, todavía no había multiplicado los panes, todavía no había levantado a Lázaro, todavía no había pronunciado el Sermón del Monte. Ni siquiera había comenzado públicamente su ministerio, y, sin embargo, el Padre declara que toda su complacencia descansa sobre Él.

Esa complacencia no nace primero de las obras visibles del ministerio. Nace de la Persona del Hijo, creo que este detalle resulta decisivo. El Padre ama al Hijo porque el

Hijo es quien es. Las obras manifestarán esa perfección, pero no la producirán.

Ahora bien, cuando llegamos al Nuevo Testamento descubrimos algo que debería llenarnos de un profundo asombro. Jesús mismo, en su oración sacerdotal, dice al Padre: ***“Los has amado a ellos como también a mí me has amado” (Juan 17:23)***. Cada vez que leo este versículo siento que debo detenerme, porque no dice que el Padre nos ama un poco. No dice que nos ama de una manera semejante, dice que nos ha amado como ama al Hijo.

Sin duda, debemos comprender correctamente estas palabras. El amor eterno entre el Padre y el Hijo pertenece al misterio mismo de la Trinidad y jamás podrá ser igualado por ninguna criatura. Cristo sigue siendo el Hijo eterno, el Unigénito del Padre. Sin embargo, precisamente porque hemos sido unidos a Él, el Padre nos introduce en ese mismo ámbito de aceptación y de comunión. No nos ama aislados de Cristo. “Nos ama en Cristo”.

Pienso que aquí aparece nuevamente aquella expresión que Pablo repite casi obsesivamente: “en Él”. Todo ocurre allí. La elección ocurre en Él, la redención ocurre en Él, la reconciliación ocurre en Él, la herencia ocurre en Él, la aceptación ocurre en Él. Y también la complacencia del Padre llega a nosotros en Él.

Quizá aquí debamos hacernos una pregunta que puede parecer atrevida, pero que el propio evangelio del Reino nos

obliga a formular. Cuando el Padre nos mira... ¿Qué ve primero? Tal vez la respuesta espontánea y sincera de algunos hermanos sea: “Ve nuestros pecados, nuestras luchas, nuestras debilidades”. Sin duda, Dios conoce perfectamente cada aspecto de nuestra vida. Nada permanece oculto delante de sus ojos. Sería absurdo negar su omnisciencia, pero la pregunta no es qué conoce, la pregunta es desde dónde nos contempla.

Y creo que Pablo responde esa inquietud cuando afirma que nuestra vida está escondida con Cristo en Dios. ¡Qué expresión maravillosa! “Escondida”, no significa invisible. Significa resguardada, protegida, definida por Otro. Es decir, el Padre no nos contempla como una realidad independiente de Cristo. Nos contempla unidos inseparablemente a Su Hijo.

Mientras meditaba en esto, recordé una escena del Antiguo Testamento que, creo, ilustra admirablemente esta verdad. En la noche de la Pascua, los israelitas recibieron la orden de colocar la sangre del cordero sobre los dinteles de sus puertas. Lo interesante es que Dios no dijo: “Cuando vea cuán sinceros son los que están dentro de la casa, al ángel de la muerte pasara de largo...” Tampoco dijo: “Cuando vea cuán maduros espiritualmente son...” ¿Qué dijo? *“Veré la sangre”*.

Toda la seguridad de aquella noche descansaba sobre aquello que estaba delante de los ojos de Dios. No sobre la perfección de quienes permanecían dentro de la casa. Pienso

que esa escena anuncia con extraordinaria belleza lo que ocurriría definitivamente en Cristo. El Padre mira al Cordero, Él contempla la sangre perfecta del Nuevo Pacto.

Por eso Pablo puede decir en Efesios que fuimos aceptos en el Amado. No dice que fuimos aceptados por haber alcanzado determinado nivel de santidad. No dice que fuimos aceptados después de demostrar suficiente fidelidad. Dice que fuimos aceptados en el Amado.

Es decir, nuestra aceptación posee exactamente el mismo lugar donde se encuentra toda nuestra justicia: “Cristo”. Y entonces cambia completamente la manera de comprender el crecimiento espiritual, porque el Padre no trabaja sobre nosotros intentando descubrir si algún día llegaremos a ser suficientemente aceptables, sino que ya nos aceptó en Cristo, y precisamente desde esa aceptación comienza toda la transformación.

Qué diferente resulta esto de la lógica religiosa. La religión siempre promete una aceptación futura. El evangelio del Reino anuncia aceptación presente. La religión dice: “Cambia para que Dios te reciba”. El evangelio del Reino dice: “Dios ya te recibió en su Hijo; ahora esa gracia transformará tu vida”.

No son simplemente dos maneras distintas de expresar la misma idea, son dos evangelios completamente diferentes. Uno produce ansiedad, el otro produce adoración. Uno

mantiene al hombre ocupado consigo mismo, el otro mantiene al creyente maravillado por Cristo.

Creo que esta verdad posee también una enorme fuerza para sanar muchas heridas del corazón humano. Vivimos en un mundo donde casi todas las relaciones funcionan sobre la base del rendimiento. Desde pequeños aprendemos que somos valorados por nuestras calificaciones, por nuestros logros, por nuestra productividad, por nuestra apariencia o por la aprobación que recibimos de quienes nos rodean.

Sin advertirlo, trasladamos ese mismo esquema a nuestra relación con Dios. Imaginamos que el Padre nos ama más cuando hemos tenido una buena semana espiritual y que se acerca con menos agrado cuando hemos experimentado debilidad.

Pero el evangelio anuncia algo infinitamente más estable. El amor del Padre posee un fundamento eterno, y ese fundamento no cambia. Porque ese fundamento tiene un nombre: “Jesucristo el Hombre perfecto”.

Naturalmente, esto no significa que el pecado sea indiferente para Dios. Las mismas cartas que hablan de nuestra aceptación exhortan con enorme seriedad a vivir una vida santa. Sin embargo, ahora comprendemos el orden correcto. El pecado ya no amenaza nuestra condición de hijos para convertirnos nuevamente en extraños.

El pecado entristece la comunión, oscurece el testimonio, endurece el corazón y requiere arrepentimiento sincero, pero nunca deja de ser enfrentado desde la realidad gloriosa de que seguimos perteneciendo a Aquel en quien el Padre encontró toda su complacencia. El arrepentimiento del Nuevo Pacto ya no nace del terror de perder un lugar delante de Dios, sino del dolor de haber actuado de una manera incompatible con la vida que hemos recibido en Cristo.

El Padre jamás ha dejado de mirar al Hombre perfecto. Desde antes de la fundación del mundo, toda su complacencia descansó sobre Su Hijo. La buena noticia del evangelio consiste precisamente en que, por un acto soberano de gracia, nosotros hemos sido incorporados a ese mismo Hijo. Por eso el Padre no necesita dividir Su mirada entre un Cristo perfecto y unos creyentes que intentan alcanzar, por sus propios medios, una aceptación todavía incierta.

Nos contempla en Aquel que ya satisfizo plenamente su corazón. Allí encuentra la justicia que siempre buscó, la obediencia que jamás vaciló, el amor que nunca dejó de fluir y la santidad que ninguna sombra pudo oscurecer. Y cuando comenzamos a vivir conscientes de esa realidad, dejamos de caminar bajo la pesada necesidad de ganar continuamente el favor de Dios y aprendemos, finalmente, a responder con amor, gratitud y obediencia a un favor que ya nos fue regalado por completo.

Después de la resurrección del Señor ocurrió una escena cuya importancia quizá nunca terminaremos de

comprender plenamente. Dos discípulos caminaban hacia Emaús profundamente desanimados. Habían visto morir a Jesús y, con su muerte, pensaban que también habían muerto todas sus expectativas. Lo extraordinario de aquel relato no es solamente que Cristo resucitado se acercara a caminar con ellos, sino la manera en que decidió responder a su confusión.

Si nosotros hubiéramos estado allí, probablemente habríamos pensado que lo más urgente era decirles inmediatamente: “Soy yo. Estoy vivo. Miren mis manos, miren mi costado”. Sin embargo, el Señor hizo algo completamente diferente. Antes de revelar plenamente Su identidad, decidió enseñarles a leer nuevamente las Escrituras.

Lucas nos dice que, comenzando desde Moisés y siguiendo por todos los profetas, les declaraba lo que de Él decían todas las Escrituras. Yo soy consciente que mencioné esta historia anteriormente, pero es que, cuanto más medito en esa escena, más extraordinaria me parece.

Jesús podría haber escogido innumerables temas para aquella primera enseñanza después de su resurrección. Podría haber explicado el futuro de la Iglesia, la obra del Espíritu Santo, la misión hacia las naciones o la esperanza de su regreso. Sin embargo, eligió un solo asunto: enseñarles que toda la Escritura hablaba de Él.

Detengámonos por un momento a pensar en las implicancias de esta decisión. Aquellos discípulos conocían

las Escrituras. Habían crecido escuchando la Ley y los Profetas. Sin embargo, caminaban al lado del cumplimiento de todo aquello que habían leído durante años sin reconocerlo. No les faltaba información; les faltaba una llave. Poseían el texto, pero todavía no habían encontrado el centro del texto.

Y pienso que este mismo fenómeno continúa ocurriendo en nuestros días. Es posible dedicar toda una vida al estudio de la Biblia y, sin embargo, seguir leyendo las Escrituras desde el hombre en lugar de leerlas desde Cristo. Se puede convertir cada página en un catálogo de exigencias, de principios morales o de modelos humanos que debemos reproducir, sin advertir que el Espíritu Santo escribió toda la revelación para conducirnos hacia una Persona.

Creo que aquí encontramos una de las razones por las cuales tantos creyentes viven permanentemente bajo el peso de la frustración espiritual. Abren la Biblia buscando descubrir qué les falta hacer para agradar a Dios. Cada capítulo se transforma en una nueva evaluación personal, sin llegar a comprender que el Padre nos ama en el Hijo perfecto.

Hay hermanos que, si leen acerca de Abraham, intentan tener la fe de Abraham. Si leen acerca de José, procuran imitar la integridad de José. Si contemplan a David, desean poseer el corazón de David. Si llegan a Daniel, se proponen alcanzar la firmeza de Daniel. Poco a poco, casi sin darse cuenta, toda la Escritura termina convertida en un inmenso espejo donde únicamente observan sus propias

insuficiencias. Sin embargo, ese no fue el método que utilizó Jesús en el camino a Emaús.

Él no dijo: “Moisés les enseñará cómo ser mejores hombres”. “Sigan las huellas de David y de Daniel...” Tampoco dijo: “Los profetas les mostrarán una lista de virtudes que deberán conquistar”. Lo que hizo fue mostrarles a Cristo en Moisés, a Cristo en los profetas, en los salmos, en las promesas, en las sombras, en las figuras, en los sacrificios, en todo, porque todo conducía hacia Él.

Mientras escribo estas líneas, no puedo evitar pensar que este descubrimiento transforma completamente la experiencia de la lectura bíblica. Ya no abrimos las Escrituras buscando desesperadamente encontrarnos a nosotros mismos. Las abrimos para encontrar nuevamente al Hijo. Y, paradójicamente, cuanto más lo encontramos a Él, más comprendemos quiénes somos nosotros.

Esta es, precisamente, la diferencia entre una lectura antropocéntrica y una lectura cristocéntrica. La primera convierte al hombre en el protagonista de casi todos los pasajes. La segunda reconoce que el verdadero protagonista siempre ha sido Cristo. En la primera, la pregunta dominante es: “¿Qué debo hacer yo?”. En la segunda, la pregunta cambia por completo: “¿Qué me está revelando aquí el Espíritu acerca del Hijo?”.

Y esta diferencia no es un simple matiz teológico. Es la diferencia entre la Ley y el evangelio del Reino. Porque

cuando el hombre ocupa el centro de la interpretación, inevitablemente termina ocupando también el centro de la preocupación. Toda la atención gira alrededor de su desempeño, de sus fracasos, de sus avances y de sus retrocesos. En cambio, cuando Cristo ocupa el centro de la Escritura, el corazón deja de gravitar alrededor de sí mismo y comienza a girar alrededor del único Hombre que jamás decepcionó al Padre.

Quizá ahora podamos comprender mejor por qué Jesús reprendió con tanta firmeza a aquellos discípulos llamándolos tardos de corazón para creer todo lo que los profetas habían dicho. No era una reprensión por desconocer algunos detalles proféticos. Era mucho más profunda.

Habían leído correctamente los acontecimientos, pero habían leído incorrectamente el propósito de las Escrituras. Esperaban un Mesías victorioso, pero no habían comprendido que primero debía padecer para entrar en su gloria. Habían retenido muchos datos, pero todavía no habían descubierto el centro alrededor del cual todos esos datos encontraban su verdadero significado.

Pienso que algo semejante sucede cuando leemos el Antiguo Testamento sin la luz del Nuevo Pacto. Terminamos viendo únicamente mandamientos donde Dios había escondido promesas; observamos únicamente demandas donde el Padre estaba anunciando la venida del Hombre perfecto; contemplamos únicamente hombres extraordinarios donde el Espíritu Santo había colocado

figuras imperfectas del único Hombre verdaderamente perfecto.

Entonces los salmos se convierten en cargas imposibles, la Ley en una escalera interminable y los grandes personajes bíblicos en modelos cuya altura solamente aumenta nuestro sentimiento de insuficiencia. Pero cuando Cristo abre nuestros ojos, exactamente como lo hizo con aquellos dos discípulos, toda la Biblia comienza a respirar de una manera completamente distinta.

Los sacrificios anuncian al Cordero, el sacerdocio anuncia al Mediador, el rey anuncia al Rey eterno, el profeta anuncia a la Palabra definitiva y el justo anuncia al Justo por excelencia. Todo empieza a ocupar su verdadero lugar porque todo encuentra finalmente su verdadero centro.

Lucas añade un detalle que siempre conmueve profundamente mi corazón. Después de aquella conversación, los discípulos dijeron: ***“¿No ardía nuestro corazón en nosotros mientras nos hablaba en el camino y cuando nos abría las Escrituras?”***.

Observemos cuidadosamente que el corazón comenzó a arder, no cuando descubrieron una nueva técnica de interpretación, sino cuando Cristo les abrió las Escrituras y les mostró que todas hablaban de Él. Allí desapareció la tristeza. Allí la decepción comenzó a transformarse en esperanza. Allí la cruz dejó de ser un fracaso para convertirse en el cumplimiento perfecto del propósito eterno del Padre.

Y pienso que ese mismo milagro continúa ocurriendo cada vez que el Espíritu Santo abre nuestros ojos para contemplar al Hombre perfecto en toda la Escritura. El corazón vuelve a arder, no porque hayamos encontrado un nuevo sistema doctrinal, sino porque descubrimos que desde Génesis hasta Apocalipsis el Padre nunca dejó de hablar de su Hijo.

Él es el Alfa y la Omega de la revelación, el principio y el fin del propósito divino, la llave que abre cada promesa, la respuesta que resuelve cada demanda y la realidad que da sentido a cada sombra. Cuando esta verdad gobierna nuestra lectura de la Biblia, dejamos de acercarnos a ella como hombres que buscan desesperadamente instrucciones para perfeccionarse y comenzamos a leerla como hijos que desean contemplar, una vez más, la incomparable belleza de Aquel en quien el Padre encontró desde toda la eternidad todo aquello que su corazón había deseado.

Entonces comprendemos que el mayor tesoro escondido en las Escrituras nunca fue un conjunto de principios para mejorar la conducta humana, sino la revelación progresiva, paciente y gloriosa del Hombre perfecto, en quien Dios decidió resumir para siempre toda su voluntad, toda Su justicia y todo Su amor.



Capítulo siete

EL REFLEJO DE SU GLORIA EN NOSOTROS

Si recorremos cuidadosamente las cartas del apóstol Pablo, descubriremos algo que, a primera vista, puede pasar desapercibido. Cada vez que habla de la madurez espiritual, el centro de su pensamiento nunca termina siendo el creyente. Todo converge una y otra vez hacia Cristo. No porque ignore la importancia de la transformación personal, sino porque sabe que esa transformación jamás podrá comprenderse correctamente mientras el hombre permanezca ocupando el centro de la escena.

Resulta profundamente revelador observar la oración que Pablo eleva por la iglesia de Éfeso. Uno esperaría que pidiera al Señor un incremento de poder, de influencia o de eficacia ministerial. Sin embargo, el contenido de su oración avanza en otra dirección. Ruega que los creyentes reciban espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él; que sean alumbrados los ojos de su entendimiento para conocer la esperanza a la que fueron llamados, las riquezas de la gloria de su herencia y la extraordinaria grandeza de su poder (**Efesios 1:17 al 19**). Todo comienza con una revelación más profunda de Cristo.

Algo semejante ocurre en la carta a los Filipenses. Después de décadas de caminar con el Señor, después de haber recibido revelaciones que ningún otro apóstol menciona y de haber llevado el evangelio por gran parte del mundo conocido, Pablo resume el anhelo de su vida con una frase que jamás deja de conmoverme: “*A fin de conocerle*” (**Filipenses 3:10**). No dice: “A fin de conocerme mejor”. Tampoco afirma: “A fin de alcanzar una versión más perfecta de mí mismo”. Todo su corazón permanece orientado hacia una sola Persona.

Creo que aquí encontramos una diferencia decisiva entre el pensamiento del Nuevo Pacto y muchas formas de espiritualidad que, aun siendo sinceras, terminan girando alrededor del hombre. Existe una manera de vivir la vida cristiana que mantiene al creyente constantemente observándose a sí mismo.

Analiza su progreso, mide sus avances, evalúa sus emociones, examina cada una de sus reacciones y procura descubrir cuánto ha crecido respecto del año anterior. Naturalmente, la Escritura también nos llama al examen personal, y sería un error despreciarlo. Pero cuando esa introspección se convierte en el eje permanente de la vida espiritual, algo comienza a desplazarse silenciosamente. Sin advertirlo, Cristo deja de ocupar el centro y el creyente termina siendo el personaje principal de su propio cristianismo.

Pablo parece recorrer exactamente el camino contrario. Cuanto más madura, menos habla de sí mismo y más habla de Cristo. No porque ignore su propia debilidad, sino porque ha descubierto que el verdadero crecimiento consiste en penetrar cada vez más profundamente en la riqueza insondable del Hijo. La transformación no desaparece; simplemente deja de ser el objeto principal de la contemplación.

Mientras meditaba en esto recordé una escena de la vida de Moisés. Después de permanecer cuarenta días delante de Dios, descendió del monte con el rostro resplandeciente. Lo interesante es que el texto añade un detalle extraordinario: Moisés no sabía que la piel de su rostro resplandecía. Aquello siempre ha llamado mi atención. Él no bajó del monte observándose continuamente para comprobar si había cambiado. Había permanecido tan absorbido por la presencia de Dios que ni siquiera era consciente del efecto que esa comunión había producido sobre su propio rostro.

¿No será esa una hermosa figura del verdadero crecimiento espiritual? Quien vive permanentemente pendiente de sí mismo difícilmente encontrará descanso. Siempre habrá algún aspecto que corregir, alguna debilidad que vencer, alguna virtud que todavía no alcanza la madurez deseada. En cambio, quien permanece cautivado por Cristo experimenta algo mucho más profundo.

Mientras sus ojos descansan sobre el Hijo, el Espíritu Santo va realizando silenciosamente una transformación que

muchas veces el propio creyente apenas percibe. Son otros quienes comienzan a notar la paciencia que antes no existía, la mansedumbre que lentamente reemplazó a la dureza, la paz que fue ocupando el lugar de la ansiedad. La vida de Cristo va encontrando expresión de una manera tan natural como el fruto aparece en una rama que permanece unida a la vid.

Esta comprensión también arroja una luz preciosa sobre las exhortaciones apostólicas. Cuando Pablo llama a despojarse del viejo hombre y vestirse del nuevo, inmediatamente añade que ese nuevo hombre ***“se va renovando hasta el conocimiento, conforme a la imagen del que lo creó”*** (Colosenses 3:10). Observemos nuevamente el movimiento del texto. La renovación avanza hacia el conocimiento. No hacia un conocimiento meramente intelectual, sino hacia una comprensión cada vez más profunda de la Persona de Cristo. Cuanto más conocemos al Hijo, más claramente comprendemos quién es el nuevo hombre y quiénes somos nosotros en Él.

Pienso que aquí se encuentra uno de los mayores peligros de la vida cristiana contemporánea. Podemos llegar a ocuparnos tanto de las herramientas para crecer que terminemos olvidando el verdadero objeto del crecimiento.

Hablamos de disciplinas espirituales, de hábitos saludables, de estrategias para vencer determinadas luchas y de métodos para desarrollar el carácter. Todo ello posee su lugar. Pero ninguna de esas cosas constituye el centro del evangelio. El centro sigue siendo Cristo. Las disciplinas

tienen valor únicamente en la medida en que nos conducen hacia una comunión más profunda con Él. Si alguna de ellas termina sustituyendo esa comunión, habremos conservado el medio y perdido el propósito.

Tal vez por eso el Nuevo Testamento utiliza tantas veces la expresión “mirando a Jesús”. No se trata de una invitación poética ni de una simple figura devocional. Es una dirección espiritual. La mirada determina el rumbo del corazón. Aquello que contemplamos termina moldeando lentamente nuestra manera de pensar, de amar y de vivir.

El mundo intenta conformarnos a sus propios patrones porque sabe que la contemplación produce semejanza. El evangelio responde conduciéndonos continuamente hacia Cristo, porque solamente contemplando al Hombre perfecto podemos comprender la verdadera humanidad para la cual fuimos creados desde el principio.

Entonces el crecimiento espiritual deja de parecerse a la construcción laboriosa de un edificio levantado ladrillo por ladrillo mediante el esfuerzo humano. Se parece mucho más al amanecer. Cuando la noche comienza a retirarse, nadie puede señalar el instante exacto en que apareció la luz. Sin embargo, poco a poco todo empieza a verse con mayor claridad.

Los contornos se definen, los colores recuperan su intensidad y aquello que permanecía oculto comienza a manifestarse naturalmente. Así obra también el Espíritu

Santo en quienes permanecen contemplando a Cristo. La transformación no siempre ocurre con el ruido de los grandes acontecimientos. Muchas veces avanza con la silenciosa fidelidad de la luz que invade el horizonte.

Simplemente un día descubrimos que ya no reaccionamos como antes, que el temor ha perdido parte de su dominio, que el resentimiento comenzó a ceder lugar al perdón y que la esperanza permanece firme donde antes reinaba la incertidumbre.

No porque hayamos dedicado toda nuestra energía a observar esos cambios, sino porque, mientras contemplábamos al Hombre perfecto, la vida del Hombre perfecto fue encontrando cada vez mayor espacio para manifestarse en nosotros. Creo que esta es la verdadera madurez del Nuevo Pacto.

No es la admiración creciente por el propio progreso espiritual, sino la fascinación cada vez más profunda por la incomparable belleza de Cristo, hasta que toda la existencia termina siendo iluminada por Su presencia y entonces podemos decir, con humilde gratitud, que el mayor milagro de nuestra vida no consiste en haber aprendido a parecernos a Jesús, sino en descubrir que Jesús mismo ha decidido expresar Su vida a través de nosotros.

Cuando Pablo escribe la segunda carta a los Corintios, no está desarrollando una teoría acerca del crecimiento espiritual. Está comparando dos pactos, dos ministerios y, en

definitiva, dos maneras completamente distintas de relacionarse con Dios. De un lado se encuentra el ministerio grabado en piedras, glorioso en su origen, pero incapaz de producir la vida que demandaba. Del otro lado aparece el ministerio del Espíritu, cuya gloria no consiste solamente en revelar la voluntad de Dios, sino en comunicar la vida necesaria para vivirla.

En medio de ese contraste el apóstol recuerda un episodio conocido por todos los judíos. Después de hablar con Dios en el monte Sinaí, Moisés descendió con el rostro resplandeciente. El pueblo no podía fijar la vista sobre él debido al fulgor que irradiaba su semblante, de modo que Moisés colocaba un velo sobre su rostro.

Durante siglos aquella escena fue contemplada como una manifestación extraordinaria de la gloria divina. Sin embargo, Pablo, guiado por el Espíritu Santo, descubrió en ese acontecimiento un significado mucho más profundo. Aquel velo no solamente cubría el rostro de Moisés; simbolizaba también una forma de leer la revelación de Dios que todavía permanecía incompleta.

Por eso afirma que, hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, un velo permanece sobre el corazón de muchos. Observemos cuidadosamente sus palabras. El problema no estaba en Moisés. Tampoco estaba en las Escrituras. El problema residía en el velo. La revelación era verdadera, pero todavía no podía contemplarse plenamente porque el centro de esa revelación permanecía oculto.

Entonces Pablo pronuncia una de las frases más hermosas de toda la carta: ***“Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará”*** (2 Corintios 3:16). ¡Qué extraordinaria afirmación! El velo no desaparece cuando aumenta el conocimiento intelectual. No desaparece porque alguien estudie durante más años. No desaparece por el simple paso del tiempo. Desaparece cuando aparece Cristo.

Y creo que esta verdad posee una importancia inmensa para todo cuanto hemos venido desarrollando en estos libros. Porque, en realidad, el velo nunca consistió únicamente en una incapacidad para comprender determinados pasajes bíblicos. El verdadero velo consiste en intentar contemplar la obra de Dios sin reconocer que toda ella encuentra su centro, su explicación y su cumplimiento en el Hombre perfecto.

Cuántas veces los creyentes leemos las Escrituras todavía con ese velo. Nos acercamos a ellas buscando principios, fórmulas, exigencias, promesas para nuestras circunstancias o respuestas para nuestras necesidades inmediatas. Todo ello tiene su lugar. Sin embargo, si Cristo deja de ocupar el centro de nuestra mirada, el velo continúa allí, aunque conozcamos perfectamente el texto.

Pienso que esta es la razón por la cual Pablo utiliza inmediatamente después el lenguaje de la contemplación. ***“Nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor...”*** (2 Corintios 3:18). No dice: “Mirando nuestras virtudes”. No dice: “Mirando nuestros

progresos”. Ni siquiera dice: “Mirando nuestros pecados”. Habla de mirar la gloria del Señor.

Detengámonos un momento en esa expresión. En el pensamiento bíblico, la gloria nunca representa simplemente el brillo exterior de Dios. La gloria es la manifestación de quién Él es. Cuando Moisés pidió ver la gloria del Señor, Dios respondió proclamando su propio nombre y revelando su carácter: misericordioso, clemente, paciente, grande en misericordia y verdad. La gloria revela la esencia.

Ahora Pablo afirma que esa gloria resplandece plenamente en Cristo. Por eso el creyente es transformado mientras contempla al Hijo. No porque la contemplación posea algún poder místico en sí misma. Sino porque aquello que contemplamos termina modelando silenciosamente nuestra vida.

Esta es una ley que el propio Dios estableció desde la creación. El corazón humano siempre termina pareciéndose a aquello que ocupa el centro de su adoración. Los profetas denunciaron repetidamente que quienes adoraban ídolos terminaban volviéndose semejantes a ellos: incapaces de oír, de ver y de comprender.

El principio continúa siendo el mismo en el Nuevo Pacto, pero ahora dirigido hacia su verdadero objeto. Cuando el creyente contempla continuamente la gloria de Cristo, el Espíritu Santo va conformando su vida a la imagen de Aquel que permanece delante de sus ojos.

Observemos cuidadosamente que Pablo no atribuye esa transformación al esfuerzo humano. Dice expresamente que ocurre *“como por el Espíritu del Señor...”* Este detalle resulta decisivo. Durante siglos el hombre religioso intentó transformarse mediante la disciplina de su propia voluntad. El Nuevo Pacto presenta un camino completamente diferente. El Espíritu Santo toma aquello que pertenece a Cristo y lo revela al creyente. Y mientras esa revelación ocupa progresivamente el corazón, la transformación comienza a producirse desde adentro hacia afuera.

Cuanto más pienso en ello, más convencido estoy de que muchas frustraciones espirituales nacen precisamente de haber invertido este orden. Hemos intentado producir la transformación para luego contemplar la gloria. Pablo enseña exactamente lo contrario. Primero contemplamos la gloria del Hijo, y esa contemplación se convierte en el instrumento que el Espíritu utiliza para transformarnos.

Es como si alguien pretendiera iluminar una habitación pintando de amarillo las paredes, creyendo que el color producirá la luz. El problema no está en las paredes. Lo único necesario es abrir la ventana para que entre el sol. Cuando la luz invade el lugar, todo comienza naturalmente a verse de otra manera.

Así sucede también con la vida espiritual. El Espíritu Santo no nos llama a fabricar artificialmente aquello que solamente puede producir la presencia de Cristo. Nos

conduce hacia Él para que su gloria ilumine cada rincón de nuestra existencia.

Por eso la transformación cristiana nunca puede reducirse a una modificación de hábitos. Desde luego, los hábitos cambian, las costumbres son renovadas y la conducta experimenta una profunda restauración. Pero todo ello constituye el resultado visible de una obra mucho más profunda.

No cambiamos simplemente porque aprendimos nuevas normas de comportamiento; cambiamos porque la contemplación constante del Hombre perfecto va desplazando lentamente nuestras antiguas formas de pensar, de amar, de reaccionar y de comprender la realidad.

Allí donde antes reinaba el temor comienza a establecerse la confianza; donde antes dominaba el orgullo aparece la mansedumbre; donde antes gobernaba la autosuficiencia nace una dependencia gozosa del Señor. No se trata de virtudes añadidas desde el exterior, sino de la vida de Cristo encontrando cada vez mayor expresión en quienes permanecemos unido a Él.

Quizá sea precisamente por eso que Pablo utiliza la expresión *“de gloria en gloria...”* No describe una transformación brusca ni instantánea, sino un proceso continuo, semejante al amanecer que lentamente disipa la oscuridad hasta que el sol ocupa completamente el cielo.

Cada nueva contemplación de Cristo abre nuestros ojos para descubrir una dimensión más profunda de Su belleza, y cada nueva revelación de Su gloria permite al Espíritu Santo conformarnos un poco más a Su imagen. El creyente madura porque Cristo se vuelve cada vez más grande delante de sus ojos, no porque él mismo se convierta en el centro de su atención.

Y cuando esta verdad gobierna el corazón, desaparece la ansiedad de intentar producir una espiritualidad admirable para los hombres. En su lugar nace el deseo sencillo y permanente de contemplar al Señor, sabiendo que el mayor milagro de la gracia no consiste en la capacidad del hombre para cambiarse a sí mismo, sino en el poder del Espíritu para revelar continuamente la gloria del Hombre perfecto hasta que esa misma gloria encuentre una expresión visible en todos quienes permanecemos y descansamos en Él.



Capítulo ocho

EL QUERER Y EL HACER DEL HOMBRE PERFECTO

Existe una diferencia muy importante entre una responsabilidad que nace del esfuerzo independiente del hombre y una responsabilidad que brota de la comunión con Cristo. A simple vista ambas pueden parecer semejantes, porque en las dos encontramos obediencia, decisiones, perseverancia y disciplina. Sin embargo, su origen es completamente distinto y, precisamente por ello, también lo son sus resultados.

La religión siempre coloca la responsabilidad sobre los hombros del hombre aislado de Dios. Le entrega una serie de mandamientos y luego espera que, mediante suficiente voluntad, consiga cumplirlos. El problema de este sistema no consiste en que los mandamientos sean malos; Pablo afirma claramente que la Ley es santa, justa y buena.

La dificultad radica en que exige de una naturaleza aquello que esa naturaleza nunca podrá producir por sí misma. Es como pedirle a un árbol seco que vuelva a florecer únicamente porque se le ordena hacerlo. El problema no está en la orden; está en la ausencia de vida.

El evangelio comienza exactamente donde la religión fracasa. Antes de hablar de la responsabilidad del creyente, anuncia el milagro de una nueva creación. Antes de exhortar a caminar en santidad, declara que hemos sido unidos a Cristo. Antes de hablar del fruto, habla de la vida. Antes de hablar del edificio, coloca el fundamento. Todo el orden del Nuevo Pacto responde a una lógica diferente, porque Dios nunca construye comenzando por la conducta; siempre comienza por la vida.

Esta verdad resulta evidente cuando observamos la estructura de las cartas apostólicas. Pensemos, por ejemplo, en la epístola a los Efesios. Durante tres capítulos completos, Pablo prácticamente no formula ninguna exigencia. Todo su esfuerzo está dirigido a mostrar lo que Dios hizo en Cristo.

Habla de la elección antes de la fundación del mundo, de la redención por la sangre del Hijo, de la reconciliación, de la adopción, de la herencia, del sello del Espíritu Santo y de la nueva posición del creyente en los lugares celestiales. Solamente después de haber establecido cuidadosamente ese fundamento comienza a decir:

“Yo, pues... os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados.”

Efesios 4:1

Ese pequeño “**pues**” posee una importancia inmensa. Toda la exhortación práctica descansa sobre la obra previa de Dios. Pablo nunca invierte ese orden. Primero explica

quiénes somos en Cristo, y luego enseña cómo vive alguien que ha recibido esa nueva identidad.

La responsabilidad aparece, entonces, como la consecuencia natural de una vida que ya ha sido transformada, y no como el medio para producir esa transformación.

Creo que esta comprensión también ilumina muchas exhortaciones que, de otro modo, podrían parecer contradictorias. Pablo dice a los filipenses: ***“Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor”***. Si nos detuviéramos allí, podríamos pensar que todo depende finalmente del esfuerzo humano. Pero el versículo siguiente completa inmediatamente el pensamiento: ***“Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”*** (Filipenses 2:13).

Siempre me ha parecido extraordinaria la manera en que ambos versículos permanecen unidos. Nosotros actuamos, pero Dios es el que produce. Nosotros decidimos, pero Dios es el que obra. Nosotros perseveramos, pero la fuerza procede del Señor. No existe competencia entre ambas realidades, sino que existe una perfecta armonía.

Nuestra responsabilidad jamás pretende ocupar el lugar de la gracia; precisamente porque la gracia ya está obrando, es que nosotros podemos responder activamente a ella.

Mientras reflexionaba sobre esto, recordé una escena del profeta Ezequiel. Dios lleva al profeta hasta un valle lleno de huesos secos y le formula una pregunta aparentemente imposible: ***“Hijo de hombre, ¿vivirán estos huesos?”*** (Ezequiel 37:3). La respuesta no depende del estado de los huesos, sino del poder de la palabra de Dios y de la acción del Espíritu.

Sin embargo, observemos que Dios involucra a Ezequiel en el proceso. Le ordena profetizar. La palabra del profeta no produce la vida por sí misma, pero tampoco permanece pasivo esperando que todo ocurra sin su participación. Su obediencia se convierte en el instrumento mediante el cual Dios manifiesta su poder.

Pienso que esa escena ilustra admirablemente la dinámica del Nuevo Pacto. Dios continúa siendo el único autor de la vida, pero ha querido que sus hijos participen activamente de aquello que Él mismo realiza. Nuestra responsabilidad nunca compite con su gracia; nace de ella y coopera con ella.

Por eso nosotros oramos, aunque sabemos que solamente Dios puede responder. Predicamos, aunque sabemos que únicamente el Espíritu puede convencer al pecador. Servimos, aunque reconocemos que toda capacidad procede del Señor y que al final, siervos inútiles somos, porque todo lo hace Él. Amamos, aunque también comprendemos que fue Dios quien derramó primero ese amor en nuestro corazón.

Toda la vida cristiana se desarrolla dentro de esa maravillosa dependencia. Y quizá sea precisamente aquí donde aparece una de las mayores diferencias entre el esfuerzo de la carne y la diligencia del Espíritu. Exteriormente ambas pueden parecer igualmente intensas pero son muy diferentes.

Dos creyentes pueden orar, trabajar, estudiar las Escrituras y servir en la obra de Dios. Sin embargo, puede que uno viva impulsado por la necesidad de demostrar algo delante del Padre; mientras que el otro puede que actúe movido por el gozo de participar en la obra de Aquel que ya lo recibió plenamente en Cristo.

En tal caso, uno trabaja para obtener aceptación; el otro trabaja porque ya ha sido aceptado. Uno lucha para construir una identidad; el otro sirve desde la identidad que recibió gratuitamente. El primero termina inevitablemente agotado, porque todo descansa sobre sus propias fuerzas. El segundo puede cansarse físicamente, como ocurrió con el propio Pablo, pero jamás pierde el descanso interior, porque sabe que el fundamento de toda su vida no depende de la perfección de su desempeño, sino de la perfección del Hombre que lo sostiene.

Creo que aquí se encuentra el equilibrio que el Nuevo Testamento conserva con tanta belleza. La gracia nunca produce pasividad, porque la vida siempre se expresa en acción. Pero tampoco produce ansiedad, porque esa acción jamás intenta reemplazar la obra consumada de Cristo.

Nosotros debemos trabajar con todas nuestras fuerzas, pero debemos tener en claro que esas fuerzas proceden de Dios. Debemos correr la carrera con perseverancia, pero nuestros ojos deben permanecer puestos en Jesús, el autor y consumidor de la fe. Debemos combatir el buen combate, pero debemos hacerlo vestidos con una armadura que no fabricamos nosotros.

De esa manera, toda la responsabilidad cristiana deja de ser el peso insoportable de un hombre intentando alcanzar a Dios y se convierte en el gozoso privilegio de un hijo que participa, día tras día, de la vida, del poder y de la obra del Hombre perfecto.

Allí comprendemos que la gracia nunca anuló nuestra responsabilidad; la hizo posible. Porque únicamente cuando la vida de Cristo comenzó a habitar en nosotros fuimos verdaderamente libres para responder al Padre con una obediencia que ya no nace del temor, sino del amor; ya no del mérito, sino de la gratitud; ya no de la autosuficiencia, sino de la comunión permanente con Aquel que sigue siendo, desde la eternidad y para toda la eternidad, el Hombre perfecto.

Sin duda la cruz inauguró un orden diferente al que se había desarrollado en el Antiguo Pacto, un orden donde la vida ocuparía el lugar que antes había intentado ocupar el esfuerzo humano. Por eso, cuando el Maestro quiso explicar la naturaleza de esa nueva relación, no recurrió a la imagen

de un rey dictando leyes ni a la de un maestro impartiendo instrucciones. Habló de una vida en Él.

Cristo no vino únicamente para acercarnos al Padre; vino para incorporarnos a su propia vida. No nos dejó simplemente un ejemplo admirable para que intentáramos reproducirlo; nos unió a Él de tal manera que la misma vida que reside en el Hijo comenzara a fluir hacia quienes creemos en Su nombre.

Esta perspectiva transforma radicalmente la manera en que entendemos la santificación. Durante mucho tiempo muchos creyentes han vivido como si el objetivo consistiera en producir por sí mismos el fruto que Dios espera. Se esfuerzan por ser más pacientes, más humildes, más amorosos o más fieles, y aunque ese deseo es noble, con frecuencia el proceso termina convirtiéndose en una lucha agotadora.

Sin advertirlo, vuelven a colocar el peso de toda la vida espiritual sobre sus propias capacidades. Pero Jesús jamás presentó el fruto como el resultado de una voluntad suficientemente disciplinada. Lo presentó como la consecuencia inevitable de una comunión viva con Él.

Permanecer también implica una decisión y esa es nuestra responsabilidad. Implica confiar, depender, volver continuamente al Señor, rechazar la ilusión de la autosuficiencia y reconocer que separados de Él nada podemos hacer. Sin embargo, incluso esa responsabilidad

posee un carácter completamente diferente al del antiguo pacto. Ya no consiste en producir la vida que nos falta, sino en permanecer donde esa vida nunca deja de fluir. El esfuerzo ya no está orientado hacia la fabricación del fruto, sino hacia la preservación de la comunión.

Creo que aquí aparece una verdad que ha llenado de descanso mi propio corazón. La vid nunca mira a una rama esperando descubrir si será capaz de producir la savia necesaria para el próximo fruto. Semejante expectativa sería absurda. La vid sabe perfectamente de dónde procede la vida. Toda la responsabilidad del pámpano consiste en no separarse de aquello que constantemente lo sostiene.

Del mismo modo, el Padre jamás espera que produzcamos, independientemente de Cristo, aquello que solamente Cristo puede manifestar. Cuando demanda amor, sabe que ese amor fluye del Hijo. Cuando demanda santidad, sabe que esa santidad habita plenamente en el Hijo. Cuando espera paciencia, mansedumbre o fidelidad, sabe que todas esas virtudes alcanzaron su expresión perfecta en el Hombre perfecto. El milagro del Nuevo Pacto consiste precisamente en que esa misma vida ha comenzado a ser compartida con quienes permanecemos unidos a Él.

Entonces comprendemos por qué Jesús concluye aquella enseñanza con una afirmación tan contundente: ***“Separados de mí nada podéis hacer”***. Estas palabras no pretenden humillarnos ni recordarnos constantemente nuestra incapacidad. Constituyen, en realidad, una

maravillosa liberación. El Señor nos está diciendo que nunca fuimos diseñados para vivir separados de Él. La independencia jamás formó parte del propósito eterno del Padre.

Desde el principio, el hombre fue creado para vivir en comunión con Dios, y toda la tragedia del Edén comenzó precisamente cuando creyó que podía alcanzar plenitud al margen de esa comunión. El Nuevo Pacto no hace otra cosa que restaurar aquello que el pecado había destruido. Cristo vuelve a convertirse en la fuente permanente de la vida del hombre.

Por eso, cuanto más maduramos, menos confianza depositamos en nuestras propias fuerzas y mayor descanso encontramos en la suficiencia del Señor. La verdadera madurez no produce independencia; produce una dependencia cada vez más consciente y más gozosa, porque dejamos de admirar nuestra capacidad espiritual para maravillarnos de las inagotables riquezas de Cristo.

Descubrimos que el secreto de una vida fecunda nunca estuvo en la fortaleza de la rama, sino en la plenitud de la Vid. Y cuando esa revelación gobierna nuestro corazón, desaparece lentamente la ansiedad de intentar convertirnos, mediante el esfuerzo personal, en las personas que Dios espera encontrar. En lugar de eso, nace la serena confianza de quienes comprenden que el Padre ya encontró a ese Hombre en su Hijo y que, por una gracia inmerecida, ha

querido hacernos participar de esa misma vida a todos los que permanecemos unidos al Hombre perfecto.

Allí la comunión deja de ser una disciplina más entre muchas otras y se convierte en el centro mismo de toda la existencia cristiana, porque llegamos a comprender finalmente que nunca fuimos llamados a vivir para Cristo desde nuestras propias fuerzas, sino a vivir de Cristo, permitiendo que la vida del Hijo encuentre una expresión cada vez más plena en todo cuanto pensamos, amamos, decidimos y realizamos.



Capítulo nueve

RECIBIENDO LA VIDA DEL HOMBRE PERFECTO

Uno de los mayores desafíos que enfrenta el lector del Nuevo Testamento consiste en no atribuir a determinadas palabras el significado que nosotros les damos habitualmente, sino el sentido que les otorgaban el Señor y los apóstoles.

Entre todas ellas, pocas han sido tan profundamente simplificadas como la palabra vida. Para nuestra manera cotidiana de hablar, vivir significa respirar, moverse, pensar o desarrollar una existencia biológica. Sin embargo, cuando Juan utiliza esa palabra, está describiendo una realidad infinitamente más profunda. La vida de la que habla el evangelio no es simplemente la existencia del hombre; es la vida que procede de Dios.

No deja de ser significativo que el evangelio de Juan comience diciendo: ***“En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres”*** (Juan 1:4). Observemos cuidadosamente el orden. Juan no afirma que Cristo vino a buscar la vida, ni que descubrió la vida, ni siquiera que enseñó el camino hacia la vida. Dice que la vida estaba en Él.

Es decir, la vida no aparece como un don separado de la Persona del Hijo. La vida tiene un rostro. La vida tiene un origen. La vida permanece inseparablemente unida a Cristo.

Pienso que aquí se encuentra una de las claves para comprender todo el mensaje del Nuevo Pacto. Muchas veces hemos imaginado que Dios nos concede distintos recursos espirituales para que podamos vivir como Él espera. Pensamos en el amor como un recurso, en la paz como otro, en la fortaleza como un tercero y así sucesivamente.

Sin embargo, el evangelio presenta una perspectiva mucho más elevada. El Padre no nos entrega, en primer lugar, una colección de recursos; nos entrega a su Hijo. Y al entregarnos al Hijo, nos entrega juntamente con Él todo cuanto necesitábamos.

Esta verdad aparece repetidamente en las palabras de Jesús. Él no dice: “Yo les daré algunas cosas que los ayudarán a vivir”. Dice: **“Yo soy la vida”**. Tampoco afirma: “Yo les mostraré dónde encontrar el pan”. Declara: **“Yo soy el pan de vida”**. No promete simplemente indicar el camino correcto; afirma: **“Yo soy el camino”**. En cada una de estas declaraciones el Señor está desplazando la atención desde los beneficios hacia su propia Persona. El evangelio nunca separa aquello que Cristo da de aquello que Cristo es.

Creo que esta diferencia resulta decisiva para comprender la vida cristiana. Cuando el creyente busca únicamente recibir determinadas bendiciones espirituales,

corre el riesgo de convertir a Cristo en un medio para alcanzar algo que considera más importante. Busca paz, busca dirección, busca fortaleza, busca gozo, pero su mirada puede permanecer más interesada en los dones que en el Dador. El Espíritu Santo, en cambio, dirige constantemente nuestros ojos hacia el Hijo, porque sabe que todo cuanto el corazón necesita permanece inseparablemente unido a Él.

Mientras meditaba en esto recordé una afirmación de Pablo que siempre me ha parecido extraordinaria: ***“Porque para mí el vivir es Cristo” (Filipenses 1:21)***. El apóstol no dice que Cristo hace más llevadera la vida, ni siquiera que Cristo mejora la vida. Afirma algo mucho más radical. Identifica la vida misma con la Persona del Señor.

Después de semejante declaración ya no es posible pensar la existencia cristiana como un conjunto de principios aplicados sobre una naturaleza independiente. La vida del creyente deja de ser una empresa personal asistida por Dios para convertirse en la expresión de la vida de Cristo en un hombre que permanece unido a Él.

Pienso que aquí volvemos a encontrarnos con el propósito eterno del Padre. Desde el principio, Dios nunca quiso que el hombre existiera separado de su comunión. La independencia fue siempre una mentira. La serpiente prometió autonomía, pero terminó conduciendo al hombre hacia la muerte. Cristo hace exactamente lo contrario. No viene a ofrecer una autosuficiencia más refinada. Viene a restaurar la dependencia gloriosa para la cual fuimos creados.

Por eso el evangelio no invita al hombre a construir una vida espiritual propia; lo invita a participar de la vida del Hijo.

Esta comprensión también transforma profundamente nuestra manera de entender la abundancia prometida por Jesús. Durante mucho tiempo esa expresión ha sido interpretada principalmente en términos de prosperidad, bienestar o éxito. Sin duda, el Señor cuida de sus hijos y derrama innumerables bendiciones sobre ellos. Pero el contexto del evangelio conduce hacia una realidad mucho más elevada.

La abundancia de la que habla Cristo consiste en la sobreabundancia de su propia vida. Allí donde esa vida gobierna, el hombre encuentra una riqueza que ninguna circunstancia puede otorgar ni quitar. Puede atravesar pruebas, persecuciones, pérdidas e incluso la muerte física, y, sin embargo, la fuente de su existencia permanece intacta, porque ya no depende de aquello que ocurre alrededor de él, sino de Aquel que vive eternamente en él.

No es casual que, unas páginas más adelante, Jesús afirme delante de la tumba de Lázaro: ***“Yo soy la resurrección y la vida”*** (Juan 11:25). Una vez más, no separa el milagro de su Persona. Marta esperaba un acontecimiento futuro; Jesús le presenta una Persona presente. Ella pensaba en la resurrección como un evento; el Señor se revela como la Resurrección misma. Cuántas veces nosotros también buscamos respuestas, soluciones o

experiencias, cuando el Padre continúa conduciéndonos hacia el mismo lugar.

Creo que este principio atraviesa todo el evangelio como un río silencioso. Cada necesidad humana encuentra finalmente su respuesta en Cristo, no porque Él distribuya desde la distancia aquello que nos hace falta, sino porque Él mismo constituye la respuesta. El hambriento descubre en Él el pan; el sediento encuentra en Él el agua viva; el perdido halla en Él el camino; el que vive en tinieblas contempla en Él la luz; el muerto recibe en Él la vida. Todo converge hacia la misma Persona, porque el propósito eterno del Padre nunca fue llenar el universo de dones dispersos, sino dar a conocer la infinita suficiencia de su Hijo.

El Hombre perfecto no vino simplemente a mostrar cómo debería vivir un hombre perfecto. Vino a comunicar Su propia vida a hombres que jamás habríamos podido alcanzar esa perfección por nosotros mismos. Esa es la gloria incomparable del Nuevo Pacto.

Dios no nos contempla desde la distancia esperando que logremos ascender hasta el nivel de Cristo. En un acto de gracia absolutamente inimaginable, nos une a su Hijo para que la vida del Hombre perfecto comience a fluir en quienes antes estábamos muertos en nuestros delitos y pecados. Allí cesa definitivamente la ilusión de construir una espiritualidad independiente. Allí termina el agotador intento de producir con nuestras propias fuerzas aquello que solamente la vida de Cristo puede manifestar.

Allí comienza la verdadera existencia cristiana: una vida que ya no encuentra su origen en el primer Adán, sino en el último; una vida que no se sostiene por el esfuerzo de la carne, sino por la comunión permanente con el Hijo; una vida que crece, madura y da fruto porque ha sido injertada para siempre en Aquel que puede decir, con toda verdad y para toda la eternidad: *“Yo soy la vida...”*

Hay una tendencia muy natural en el corazón humano que consiste en mirar la obra de la salvación como si Dios hubiera decidido reparar una creación dañada. Sin darnos cuenta, imaginamos que el propósito divino consiste en tomar al viejo hombre, corregir aquello que se encuentra deteriorado y devolverlo, poco a poco, a una condición aceptable.

Esta manera de pensar parece razonable, pero cuanto más penetramos en las cartas de Pablo, más evidente resulta que el Espíritu Santo describe algo infinitamente más profundo, porque el evangelio del Reino no anuncia la rehabilitación del viejo hombre, sino que anuncia su final. Y esta diferencia no constituye un simple matiz doctrinal; determina toda la comprensión de la vida cristiana.

Pablo no dice que nuestra vieja naturaleza fue educada, no afirma que fue refinada, ni siquiera declara que fue fortalecida. Dice que fue crucificada juntamente con Cristo.

Muchos hermanos piensan que la cruz representa solamente el lugar donde Cristo cargó con nuestros pecados.

Naturalmente, esa verdad permanece en el centro del evangelio y jamás podrá ser disminuida. Sin embargo, debemos comprender que en la cruz ocurrió algo todavía más amplio. Allí no solamente fueron juzgados nuestros pecados; allí también fuimos juzgados nosotros.

Pienso que este es uno de los aspectos más revolucionarios del Nuevo Pacto. Dios nunca depositó Su esperanza en el viejo Adán. Nunca imaginó que, mediante suficiente disciplina, pudiera transformarse en el hombre que Él había soñado desde la eternidad. El Padre ya conocía el final de aquella historia. Por eso la cruz no intenta mejorar al primer Adán. La cruz pone fin a su historia para dar lugar al Hombre definitivo.

Esta verdad aparece con una claridad admirable en **Romanos 6**. Pablo escribe: ***“Sabiedo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él”***. Observemos cuidadosamente el tiempo verbal utilizado por el apóstol. No dice que el viejo hombre será crucificado cuando alcance determinado nivel de santidad. Tampoco afirma que deba procurar crucificarlo mediante sucesivos actos de disciplina espiritual. Habla de un acontecimiento consumado. Algo ocurrió objetivamente en la cruz, independientemente de la comprensión que nosotros tengamos de ello.

Creo que aquí encontramos una de las causas de muchas luchas innecesarias dentro de la vida cristiana. Intentamos vencer diariamente aquello cuya sentencia Dios

ya pronunció hace dos mil años. Vivimos ocupados en mejorar una naturaleza respecto de la cual el Padre ya emitió un veredicto definitivo. Cuánta energía espiritual se consume intentando perfeccionar lo que Dios decidió llevar a la cruz.

No estoy diciendo, desde luego, que el creyente ya no experimente conflictos. Pablo mismo reconoció la existencia de una batalla constante entre la carne y el Espíritu. Pero esa batalla ya no se desarrolla para decidir quién será finalmente nuestro padre o cuál será nuestra identidad. La identidad quedó resuelta en Cristo. El conflicto pertenece al proceso mediante el cual aprendemos a vivir conforme a la realidad que ya nos fue concedida por gracia.

Cuando Israel cruzó el Mar Rojo, el ejército egipcio quedó definitivamente sepultado bajo las aguas. A partir de ese momento, Faraón ya no poseía autoridad legal sobre el pueblo. Sin embargo, durante mucho tiempo Israel continuó pensando como esclavo. Es decir, habían salido de Egipto, pero Egipto todavía permanecía profundamente arraigado en su manera de comprender la vida. Necesitaron un largo proceso para descubrir que ya no pertenecían al antiguo dominio. ¿No ocurre algo semejante con nosotros?

En Cristo hemos sido trasladados de un reino a otro. Nuestra ciudadanía cambió, nuestro Padre cambió, nuestra fuente de vida cambió, nuestra identidad cambió. Sin embargo, muchas veces continuamos interpretando toda la existencia desde categorías que pertenecen al viejo hombre. Pensamos como si todavía tuviéramos que conquistar una

aceptación que ya recibimos, fabricar una justicia que ya nos fue concedida o producir una vida que ya habita en nosotros.

Por eso Pablo insiste una y otra vez en el lenguaje del conocimiento. ***“Consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús” (Romanos 6:11)***. Este pasaje nos invita a reconocer una realidad que Dios ya estableció. El verbo considerar no describe un ejercicio de imaginación; describe el acto de ajustar nuestra manera de pensar a la verdad revelada por Dios.

El Padre jamás perdió de vista al Hombre perfecto. Cuando el primer Adán manifestó plenamente la incapacidad de la raza humana para expresar el propósito divino, Dios no improvisó un plan alternativo. Desde antes de la fundación del mundo ya había determinado que todo encontraría su plenitud en Cristo.

La cruz, entonces, no representa únicamente el perdón del pasado; representa también el cierre definitivo de una humanidad cuya independencia solamente podía producir muerte. Y la resurrección inaugura una humanidad completamente nueva, cuya existencia ya no se define por el fracaso del primer hombre, sino por la obediencia perfecta del segundo.

Cuanto más meditamos en esta realidad, más comprendemos por qué Pablo habla con tanta libertad acerca de la nueva creación. Él no considera al creyente como una

versión corregida de Adán. Lo contempla como alguien que participa de un orden completamente nuevo.

La vida que ahora poseemos no constituye una mejora de la antigua; es una vida distinta en su origen, en su naturaleza y en su destino. Procede de Cristo, permanece en Cristo y encuentra su plena expresión en Cristo.

Todo cuanto pertenece al viejo hombre quedó expuesto en la cruz como una historia incapaz de alcanzar el propósito eterno del Padre. Todo cuanto pertenece al Hombre perfecto comenzó a manifestarse gloriosamente en la resurrección.

Y nosotros, por una gracia absolutamente inmerecida, hemos sido incorporados a esa nueva humanidad. Allí termina definitivamente el agotador esfuerzo por rescatar aquello que Dios decidió concluir y comienza el maravilloso aprendizaje de vivir conforme a una realidad que ya existe en el Hijo.

Entonces dejamos de invertir nuestras fuerzas intentando perfeccionar la vieja creación y comenzamos, con humilde gratitud, a descubrir las insondables riquezas de la nueva creación que el Padre estableció para siempre en el Hombre perfecto, aquel en quien todas las cosas encuentran su verdadero principio, su perfecta plenitud y su glorioso destino eterno.



Capítulo diez

LA FAMILIA DE DIOS EN EL HOMBRE PERFECTO

Uno de los mayores errores que podemos cometer consiste en imaginar que la nueva creación elimina instantáneamente todo el proceso de renovación de nuestra mente. El Nuevo Testamento jamás enseña semejante cosa. Al contrario, cuanto más profundamente describe la perfección de la obra realizada por Cristo, más claramente exhorta al creyente a aprender a vivir conforme a esa realidad. No porque la obra sea incompleta, sino porque nuestro entendimiento necesita ser continuamente iluminado para ajustarse a aquello que Dios ya hizo.

Siempre me ha llamado la atención que Pablo utilice con tanta frecuencia el lenguaje del aprendizaje. Escribe a los efesios diciendo: ***“Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo”*** (Efesios 4:20). Observemos cuidadosamente la expresión. No dice simplemente que aprendieron una doctrina acerca de Cristo. Habla de aprender a Cristo mismo.

Es una frase extraordinaria, porque coloca nuevamente el centro donde siempre ha debido permanecer. El cristianismo no consiste, en primer lugar, en incorporar un

nuevo sistema de pensamientos religiosos; consiste en conocer progresivamente a una Persona cuya vida comienza a convertirse también en el principio que gobierna la nuestra.

Pienso que aquí encontramos una diferencia muy importante entre la conversión y la transformación. La conversión ocurre por un acto soberano de la gracia. En un instante el pecador pasa de muerte a vida, es reconciliado con Dios, recibe el Espíritu Santo y es incorporado a Cristo.

Nada de eso depende de un desarrollo gradual. Todo ocurre porque el Padre actúa. Sin embargo, la transformación de nuestra manera de pensar constituye un camino que se extiende durante toda la vida. No porque Cristo vaya siendo más completo con el paso de los años, sino porque nosotros vamos descubriendo cada vez con mayor claridad la plenitud que ya poseemos en Él.

Mientras meditaba sobre esto, recordé una escena del pueblo de Israel al entrar en la tierra prometida. Dios les había entregado la tierra como herencia, pero todavía debían recorrerla, conocerla, habitarla y tomar posesión práctica de aquello que legalmente ya les pertenecía. La promesa era completa desde el principio; la experiencia de esa promesa se desarrollaba progresivamente.

Creo que esa imagen puede ayudarnos a comprender gran parte de la vida cristiana. Nosotros no luchamos para conseguir una posición delante de Dios, luchamos desde esa posición. No combatimos para llegar a ser hijos, combatimos

porque ya somos hijos. No procuramos alcanzar una unión con Cristo, sino que aprendemos a vivir conforme a la unión que ya hemos recibido.

Esta diferencia cambia completamente el tono de la batalla espiritual. Ya no peleamos como soldados que desconocen el resultado de la guerra. Combatimos desde la victoria obtenida por Otro. Y cuanto más comprendemos esto, más desaparece aquella angustia silenciosa que acompaña a tantos creyentes sinceros.

Porque existe una enorme diferencia entre luchar para obtener aceptación y luchar porque ya hemos sido aceptados. El primer combate está gobernado por la incertidumbre; el segundo descansa sobre una certeza inquebrantable. Uno nace del temor; el otro nace de la gratitud. Uno intenta convencer a Dios; el otro procura honrar la obra que Dios ya realizó.

Pienso que aquí adquiere una importancia extraordinaria la exhortación de Pablo en **Romanos 12:2**: ***“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento”***. La naturaleza ya fue renovada en Cristo. Lo que necesita ser continuamente renovado es nuestro entendimiento. Nuestra mente ha pasado tantos años interpretando la realidad desde la perspectiva del primer Adán que necesita aprender una manera completamente nueva de pensar.

No es casual que el apóstol hable tantas veces de vestarnos del nuevo hombre. La imagen resulta profundamente pedagógica. Nadie confecciona diariamente una nueva vestidura. Simplemente se reviste de aquello que ya le pertenece. De igual manera, los creyentes aprendemos cada día a expresarnos conforme a la identidad que recibimos en Cristo. La obediencia deja de ser un intento desesperado por fabricar un carácter aceptable y se convierte en la manifestación creciente de una vida que ya habita en nosotros.

Creo que aquí también podemos comprender por qué el Espíritu Santo insiste tanto en la memoria espiritual. Gran parte del ministerio apostólico consiste en recordar. Pedro afirma que escribía para despertar con amonestación el limpio entendimiento de los creyentes.

Pablo dice repetidamente: “*No quiero que ignoréis...*” El autor de la carta a los hebreos también exhorta a traer nuevamente a la memoria las verdades ya conocidas. Todo ello revela que la renovación no depende únicamente de aprender cosas nuevas; muchas veces consiste en volver una y otra vez a las verdades fundamentales del evangelio hasta que ellas gobiernen espontáneamente nuestra manera de pensar.

Esto explica, además, por qué la predicación del evangelio jamás pierde actualidad para la Iglesia. Algunos imaginan que el evangelio constituye únicamente el mensaje inicial para los inconversos y que, una vez producida la

conversión, debemos pasar a asuntos más elevados. Sin embargo, el Nuevo Testamento parece recorrer el camino exactamente inverso. Cuanto más madura una congregación, más profundamente necesita contemplar nuevamente la obra consumada de Cristo. No porque haya olvidado los hechos históricos de la cruz, sino porque todavía está aprendiendo todas las implicancias que esa cruz posee para la vida diaria.

Y pienso que allí se encuentra uno de los secretos de la verdadera madurez espiritual. El creyente maduro no es aquel que ha dejado atrás el evangelio para ocuparse de asuntos supuestamente más profundos. Es aquel que descubre, año tras año, que el evangelio contiene profundidades que jamás había percibido. Cada nueva experiencia con el Señor lo conduce nuevamente a la cruz, pero ahora contempla en ella dimensiones que antes permanecían ocultas.

Lo que al comienzo era simplemente el lugar donde recibió el perdón de sus pecados, termina convirtiéndose en el lugar donde descubre el final del viejo hombre, el nacimiento de la nueva creación, la revelación del amor eterno del Padre, la derrota definitiva del pecado, la reconciliación del universo con Dios y la manifestación suprema del Hombre perfecto.

Entonces comprende que nunca ha dejado realmente el evangelio, porque el evangelio no constituye la puerta de entrada a la vida cristiana; constituye el ambiente permanente donde esa vida crece, respira y madura. Cada paso de la santificación, cada acto de obediencia, cada victoria sobre el

pecado y cada avance en el conocimiento del Señor no hacen otra cosa que conducirnos más profundamente hacia la insondable riqueza de Cristo.

Allí descubrimos que la renovación de la mente no consiste en abandonar las primeras verdades para abrazar otras más sofisticadas, sino en permitir que las verdades eternas del evangelio penetren tan profundamente en nuestro corazón que terminen convirtiéndose en la manera natural de pensar, de amar y de vivir.

Y cuando eso sucede, la vida cristiana deja de sentirse como una permanente lucha por alcanzar una realidad todavía distante y comienza a experimentarse como el gozoso aprendizaje de caminar, día tras día, en la inmensa herencia que el Padre ya concedió gratuitamente a todos aquellos que vivimos en Cristo.

“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos”.

Romanos 8:29

Quisiera rescatar nuevamente este pasaje para que podamos detenernos un momento en esta afirmación, porque creo que aquí encontramos el corazón mismo del propósito divino. El Padre ama al Hijo con un amor eterno, en el Hijo encontró desde siempre toda su complacencia, en el Hijo contempló la perfecta expresión de su propia naturaleza, y

ahora ese mismo Padre ha determinado formar una familia cuyos hijos participen de la imagen de aquel Hijo amado.

Observemos cuidadosamente que el centro continúa siendo Cristo. Nunca dejamos de hablar de Él. Yo sé que esto se ha vuelto una constante durante estos libros sobre el “Hombre perfecto”, pero esa es justamente la idea. Que lleguemos a comprender que ni siquiera cuando hablamos de nosotros, o de nuestras circunstancias de vida, podemos desenfocarnos de Él.

Esta ha sido, desde el principio, una de las características más hermosas del evangelio del Reino. Cada vez que parece dirigirse hacia el hombre, termina conduciéndonos nuevamente al Hijo. El creyente nunca constituye el destino final de la revelación; es el escenario donde el Padre desea manifestar la belleza de Cristo.

Mientras escribo estas líneas, no puedo evitar pensar que muchas veces hemos reducido la santificación a un programa de mejoramiento personal. Sin proponérselo, hemos adoptado un lenguaje muy semejante al de cualquier sistema filosófico o psicológico que busca perfeccionar el carácter humano.

Naturalmente, el carácter cambia, las actitudes son transformadas y la conducta experimenta una profunda renovación. Pero ninguna de esas cosas constituye el objetivo final del Padre. Todo ello ocurre porque Dios está realizando una obra infinitamente mayor. Él desea que el carácter de

Cristo encuentre expresión en sus hijos, que la mansedumbre de Cristo se haga visible, que la compasión de Cristo alcance a otros, que la obediencia de Cristo sea reflejada en la vida cotidiana y que el amor con el que el Hijo amó al Padre comience también a gobernar nuestros corazones.

Pienso que aquí conviene detenernos para evitar un malentendido muy frecuente. Cuando afirmamos que el Padre nos conforma a la imagen de su Hijo, no estamos diciendo que todos los creyentes perderán su personalidad. Dios jamás anula aquello que Él mismo creó.

Basta observar la diversidad que existe entre los propios apóstoles. Pedro nunca dejó de ser Pedro. Juan conservó la ternura que caracteriza todo su evangelio. Pablo mantuvo la profundidad de su razonamiento. Cada uno reflejó la vida de Cristo desde la singularidad con la que había sido formado.

Esto resulta profundamente hermoso, porque la gracia no uniforma, solo armoniza. Cristo no destruye la riqueza de la personalidad humana, sino que la redime, la purifica, la orienta hacia el propósito para el cual fue creada.

El resultado no es una multitud de hombres y mujeres idénticos entre sí, sino una familia inmensamente diversa donde una misma vida encuentra expresiones diferentes. Así como un mismo sol ilumina montañas, ríos, bosques y mares sin borrar la belleza propia de cada paisaje, la vida del Hijo se manifiesta en personas distintas sin convertirlas en copias

mecánicas unas de otras. Lo que las une no es la uniformidad del temperamento, sino la comunión con una misma Persona.

Creo que esta verdad también explica por qué Pablo utiliza con tanta frecuencia el lenguaje del cuerpo. Un cuerpo no está formado por órganos repetidos. La mano no intenta convertirse en ojo, ni el oído procura parecerse al pie. Cada miembro alcanza su plenitud precisamente cuando expresa fielmente aquello para lo cual fue diseñado. Del mismo modo, la imagen de Cristo no se manifiesta anulando la diversidad de los miembros, sino integrándola en una perfecta unidad cuyo centro continúa siendo el Hijo.

Mientras meditaba sobre esto, recordé las palabras del Señor en su oración sacerdotal: ***“La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno”*** (Juan 17:22). Durante mucho tiempo entendí esa unidad únicamente como un llamado a evitar divisiones dentro de la Iglesia. Sin embargo, pienso que Jesús estaba hablando de algo mucho más profundo.

La verdadera unidad no nace simplemente de un esfuerzo por convivir en paz. Brota de una misma vida compartida. Las ramas permanecen unidas porque todas reciben la misma savia. Los miembros forman un solo cuerpo porque una misma sangre recorre cada uno de ellos. La Iglesia puede vivir una unidad verdadera únicamente porque participa de la vida del mismo Cristo.

Y aquí volvemos, una vez más, al propósito eterno del Padre. Desde antes de la fundación del mundo, Dios no soñó simplemente con salvar individuos dispersos. Soñó con una familia. Una familia donde el Primogénito fuera el modelo, el centro, la fuente y la gloria de todos los demás hijos.

Por eso la historia de la redención nunca tuvo como objetivo exclusivo rescatar al hombre de la condenación. Ese rescate era indispensable, pero servía a un propósito todavía mayor: introducirnos en la comunión del Hijo para que el universo contemplara, a través de una multitud de hombres y mujeres redimidos, la incomparable belleza de Aquel en quien el Padre encontró desde siempre toda su complacencia.

Tal vez por eso el Nuevo Testamento habla con tanta frecuencia de la esperanza futura. Sabemos que todavía existen debilidades, limitaciones y luchas. Somos conscientes de que la obra iniciada en nosotros todavía no ha alcanzado su manifestación plena. Sin embargo, también sabemos que el final de la historia ya ha sido determinado por Dios.

Juan lo expresa con una sencillez que conmueve profundamente: *“Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es”* (1 Juan 3:2). Observemos nuevamente el centro de la esperanza cristiana. No consiste simplemente en escapar del sufrimiento ni en habitar un lugar mejor.

La esperanza suprema consiste en contemplar finalmente al Hijo sin ningún velo y participar plenamente de la imagen para la cual el Padre nos escogió desde la eternidad. Todo el camino de la redención avanza hacia ese encuentro glorioso. Cada obra del Espíritu Santo, cada proceso de santificación, cada renovación del entendimiento y cada acto de obediencia encuentran allí su consumación definitiva.

Entonces el propósito eterno quedará plenamente revelado. El Padre contemplará una familia inmensa reunida alrededor del Primogénito, y en cada uno de sus hijos podrá reconocerse, no el esfuerzo heroico de hombres que lograron perfeccionarse a sí mismos, sino la maravillosa obra de su gracia formando, por medio del Espíritu, la imagen del Hombre perfecto en todos aquellos que permanecieron para siempre unidos a Él.

Allí comprenderemos, con una claridad que hoy apenas alcanzamos a vislumbrar, que toda la historia de la creación, de la redención y del Reino siempre tuvo un solo centro, un solo propósito y un solo nombre: “Jesucristo”.



Capítulo once

EL DESCANDO EN EL HOMBRE PERFECTO

Cuando llegamos a los primeros capítulos del Génesis, encontramos una declaración que, durante muchos años, me pareció simplemente una información cronológica acerca de la creación. Después de relatar la formación de los cielos, de la tierra y de todo cuanto existe, Moisés escribe que Dios terminó la obra que había hecho y reposó el séptimo día de toda la obra que realizó.

Detengámonos por un momento a pensar en la profundidad de aquellas palabras. ¿Por qué reposó Dios? Evidentemente no porque estuviera cansado. El Dios eterno jamás experimenta agotamiento. El descanso del séptimo día no nace de una necesidad física, sino de una satisfacción perfecta. El Creador contempla la obra de sus manos y encuentra en ella la armonía que había concebido desde la eternidad.

Sin embargo, cuando la historia continúa, comprendemos que aquel descanso fue interrumpido por la entrada del pecado. El hombre decidió vivir independientemente de Dios, y con aquella decisión toda la

creación quedó sometida a una realidad para la cual jamás había sido diseñada. El desorden ocupó el lugar de la armonía, la muerte reemplazó a la vida y el temor comenzó a gobernar el corazón de aquel que había sido creado para vivir en comunión con su Creador.

Pienso que aquí comienza una de las búsquedas más extraordinarias de toda la Biblia. No solamente el hombre perdió su descanso. También el propósito visible de Dios quedó momentáneamente oculto bajo las consecuencias del pecado. Desde ese momento, toda la historia de la redención puede contemplarse como el largo camino mediante el cual el Padre conduce nuevamente todas las cosas hacia el descanso que había determinado desde el principio.

Por eso resulta tan significativo que el autor de la carta a los Hebreos retome precisamente este tema. Mientras muchos pensaban que el reposo prometido consistía únicamente en la entrada de Israel en la tierra de Canaán, el Espíritu Santo revela que aquel reposo apuntaba hacia una realidad infinitamente mayor. ***“Queda, por tanto, un reposo para el pueblo de Dios” (Hebreos 4:9).***

Observemos cuidadosamente. No dice simplemente que queda un lugar. Habla de un reposo, y creo que aquí debemos hacernos una pregunta que puede iluminar todo el argumento de estas enseñanzas: ¿En qué consiste realmente ese descanso?

Durante años pensé que se trataba, principalmente, de la paz interior que experimenta el creyente. Naturalmente, esa paz forma parte del descanso prometido. Pero hoy creo que el pensamiento de Hebreos avanza mucho más profundamente. El verdadero descanso comienza cuando cesa definitivamente el intento humano de producir aquello que solamente Dios puede realizar.

Esa fue, precisamente, la tragedia del Edén. El hombre quiso alcanzar por sí mismo aquello que únicamente podía recibir de Dios. Quiso definir el bien y el mal, determinar su propio destino, construir una existencia independiente, y desde aquel día jamás dejó de trabajar intentando llegar a ser aquello para lo cual nunca fue diseñado.

La religión, aun cuando habla de Dios, muchas veces continúa alimentando ese mismo esfuerzo. Presenta al hombre una montaña de exigencias y lo anima a escalarla esperando que, algún día, alcance finalmente la aceptación divina. El problema es que esa montaña nunca termina. Siempre queda un paso más, una virtud por conquistar, una debilidad por vencer, una culpa por resolver.

Cristo vino precisamente a poner fin a esa agotadora carrera. No vino simplemente a ofrecer descanso al hombre cansado, sino que vino a revelar que el verdadero descanso siempre estuvo en Él. Por algo Jesús dijo: ***“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”*** (Mateo 11:28). ¡Qué extraordinaria invitación!

Observemos cuidadosamente dónde se encuentra ese descanso. Una vez más, todo conduce hacia la Persona del Hijo. Creo que aquí aparece una verdad que resume todo cuanto hemos venido desarrollando desde el comienzo de esta serie de libros. El Padre jamás encontró descanso en el esfuerzo del primer Adán. Tampoco lo encontrará en los esfuerzos religiosos del hombre caído. Su descanso siempre estuvo en el Hombre perfecto.

Cristo es el lugar donde la voluntad del Padre fue plenamente cumplida, donde su justicia fue perfectamente satisfecha, donde su amor encontró su expresión más pura y donde toda la creación comenzó a ser reconciliada consigo misma.

Por eso nosotros también entramos en ese descanso únicamente cuando dejamos de contemplarnos como el centro de la obra de Dios y comenzamos a descansar en la obra consumada del Hijo. No se trata de abandonar la obediencia, sino de abandonar la ilusión de que nuestra obediencia puede producir aquello que solamente la obediencia perfecta de Cristo ya produjo para siempre.

No se trata de dejar de caminar, sino de dejar de caminar intentando alcanzar una aceptación que ya nos fue concedida. No se trata de vivir pasivamente, sino de servir desde el reposo y no desde la ansiedad.

Mientras más pienso en ello, más convencido estoy de que el descanso constituye una de las evidencias más

profundas de la fe. La incredulidad siempre trabaja. No porque sea diligente, sino porque jamás está segura de haber hecho suficiente. La fe, en cambio, descansa. No porque ignore la responsabilidad, sino porque conoce el fundamento sobre el cual esa responsabilidad se apoya.

El creyente trabaja con todas sus fuerzas, ama con todo su corazón y sirve con toda su dedicación, pero en lo más profundo de su espíritu permanece en reposo, porque sabe que el centro de la historia no depende de él, sino de Cristo.

Quizá sea precisamente por eso que el Nuevo Testamento presenta el descanso como una experiencia presente y, al mismo tiempo, como una esperanza futura. Ya hemos entrado en él por la fe, porque nuestra justicia ya no descansa sobre nuestras obras sino sobre la obra consumada del Hijo.

Sin embargo, todavía esperamos el día en que toda la creación participe plenamente de ese mismo reposo, cuando desaparezcan definitivamente el pecado, la muerte, el dolor y toda consecuencia de la caída. Entonces el descanso que comenzó en Cristo alcanzará su manifestación universal.

El propósito eterno del Padre quedará plenamente consumado y el universo entero contemplará aquello que Dios había visto desde antes de la fundación del mundo: al Hombre perfecto ocupando el centro de todas las cosas. Y alrededor de Él, una creación reconciliada, una familia redimida y un Reino inmovible proclamarán para siempre

que el verdadero reposo nunca fue el resultado del esfuerzo del hombre por llegar hasta Dios, sino el fruto glorioso de la obra perfecta de Dios descendiendo hasta el hombre en la Persona de su Hijo amado.

Allí terminará definitivamente toda ansiedad, porque ya no existirá ninguna distancia entre el propósito eterno del Padre y su cumplimiento. Todo será plenamente uno en Cristo, y el descanso del séptimo día encontrará, finalmente, su expresión eterna en el Reino del Hombre perfecto.



Capítulo doce

LA GLORIA DE DIOS EN EL HOMBRE PERFECTO

Si recorremos cuidadosamente las Escrituras, descubriremos que Dios nunca ha sentido la necesidad de demostrar que es poderoso. Desde el primer versículo del Génesis, el universo entero proclama silenciosamente la inmensidad de su poder. Tampoco necesita demostrar Su sabiduría, porque cada detalle de la creación revela un orden que ninguna inteligencia humana ha logrado siquiera comprender plenamente. Sin embargo, cuando llegamos al Nuevo Testamento, descubrimos que el Espíritu Santo dirige nuestra mirada hacia una manifestación todavía más elevada que el poder creador. Juan escribe:

***“Y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre,
lleno de gracia y de verdad”.***

Juan 1:14

Observemos que no dice simplemente que contemplaron milagros extraordinarios. Ni siquiera afirma que fueron testigos de un poder sobrenatural, sino que dice que vieron Su gloria. Y esa gloria tenía un rostro...

La gloria dejó de ser una nube sobre un monte, dejó de ser un fuego en el desierto, dejó de ser una luz inaccesible, ahora caminaba entre los hombres, hablaba, lloraba, abrazaba, perdonaba, servía, amaba. La gloria del Padre había tomado forma humana y se manifestó en Jesucristo.

Creo que aquí encontramos uno de los pensamientos más profundos de todo el evangelio. Dios no manifestó su gloria suprema cuando creó millones de galaxias. Aquella obra fue extraordinaria y continuará despertando asombro por toda la eternidad. Pero la plenitud de Su gloria se manifestó cuando el Verbo se hizo carne. Porque en Cristo no solamente contemplamos lo que Dios puede hacer; contemplamos quién es Dios.

El propósito eterno del Padre jamás consistió simplemente en poblar el universo con criaturas admiradas por Su poder. Él quiso revelar Su propio corazón. Y ese corazón solamente puede conocerse plenamente mirando al Hijo. Por eso Jesús pudo decir con absoluta naturalidad: ***“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9).***

El Padre nunca buscó simplemente un hombre obediente. Buscó un Hombre que pudiera revelar perfectamente Su propio corazón. Adán fue creado para reflejar esa imagen, pero el pecado deformó aquel reflejo. Desde entonces, la humanidad continuó conservando destellos de la dignidad con la que había sido creada, pero ya no podía expresar plenamente la gloria de Dios.

Cristo vino precisamente para restaurar aquello que se había perdido. No vino únicamente a resolver el problema de la culpa, vino a revelar nuevamente al Padre, cada palabra pronunciada por Jesús, cada acto de misericordia, cada gesto de compasión, cada confrontación con la hipocresía, cada abrazo al pecador, cada lágrima derramada sobre Jerusalén. Todo revelaba el corazón invisible de Dios.

Por eso Pablo puede afirmar que Cristo es la imagen del Dios invisible. El Dios que ningún hombre podía contemplar se hizo visible en el Hombre perfecto. La eternidad tomó un rostro. El amor eterno adquirió manos capaces de tocar a un leproso. La santidad eterna caminó por los caminos polvorientos de Galilea. La misericordia eterna se sentó a la mesa con publicanos y pecadores. La justicia eterna aceptó voluntariamente la cruz para reconciliar consigo mismo al mundo.

Creo que aquí comprendemos también por qué el propósito del Padre no termina con nuestra salvación individual. Desde el principio, su intención fue que la Iglesia se convirtiera en el Cuerpo de Cristo. ¡Qué expresión tan inmensa! No simplemente un grupo de personas perdonadas, sino el Cuerpo mediante el cual el Hijo continúa siendo manifestado al mundo.

Esto explica por qué Pablo habla de la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo. La Iglesia no existe para atraer la atención hacia sí misma. Existe para hacer visible la vida del Hombre perfecto.

Esta verdad debería producir una profunda revolución en nuestra manera de entender el ministerio. Muchas veces medimos el éxito espiritual por el tamaño de una congregación, por la influencia de un ministerio o por la cantidad de actividades que desarrollamos. Sin embargo, el Nuevo Testamento parece formular una pregunta completamente diferente: ¿cuánto de Cristo puede contemplarse en nosotros? Porque ese fue siempre el propósito del Padre. No levantar organizaciones admirables, sino revelar a su Hijo.

Ningún hombre fue llamado a ocupar el lugar del Hijo. Ningún ministerio fue levantado para convertirse en el centro de la atención. Ninguna generación existe para exaltar su propia importancia. Todo converge hacia Cristo.

Cuando finalmente comprendemos esto, desaparece silenciosamente la necesidad de construir un nombre para nosotros mismos. Dejamos de competir, de compararnos y de buscar reconocimiento, porque entendemos que el universo ya posee un único centro digno de toda gloria.

Entonces servir deja de ser una plataforma para la realización personal y vuelve a convertirse en un acto de adoración. Predicar ya no consiste en exhibir nuestras capacidades, sino en revelar la hermosura del Hijo. Escribir deja de ser el intento de dejar una huella personal en la historia y se transforma en el humilde privilegio de señalar constantemente hacia Aquel que existía antes que todas las cosas y en quien todas las cosas encuentran su razón de ser.

Quizá sea precisamente esa la visión que sostendrá nuestra adoración durante toda la eternidad. El cielo no estará ocupado contemplando las victorias de los redimidos, por extraordinarias que hayan sido. Toda mirada se dirigirá al Cordero.

El libro de Apocalipsis nos permite asomarnos, aunque sea por un instante, a esa escena incomparable. Millones de seres se postran delante del trono y una sola voz comienza a llenar el universo: ***“Digno es el Cordero”***. Ninguno canta la grandeza de su propia experiencia espiritual. Ninguno celebra el mérito de haber perseverado.

Toda la gloria converge naturalmente hacia el Hijo, porque finalmente toda la creación comprende que desde antes de la fundación del mundo el propósito eterno del Padre nunca cambió. Él quiso revelar al Hombre perfecto como la expresión definitiva de su propio corazón, el centro de la nueva creación, la plenitud de toda vida, el descanso de toda búsqueda, la imagen visible del Dios invisible y el destino eterno de una humanidad redimida.

Entonces comprenderemos con una claridad absoluta que toda la historia, desde el primer ***“Sea la luz”*** hasta el último ***“Amén”*** de las Escrituras, siempre habló de Él. Y esa será, para toda la eternidad, la gloria más alta de Dios: que su Hijo sea conocido, amado, contemplado y exaltado por encima de todas las cosas, porque únicamente en Él, el Padre encontró desde siempre, y encontrará para siempre, la perfecta satisfacción de su corazón.

Cuando el apóstol Juan fue llevado en el Espíritu para contemplar la consumación de todas las cosas, descubrió una escena que resume admirablemente el propósito eterno del Padre. Alrededor de ese trono mencionado convergen todas las voces, todas las edades y todas las criaturas, porque la historia ha llegado, por fin, al lugar hacia el cual siempre estuvo avanzando. La eternidad no gira alrededor de los redimidos; gira alrededor del Cordero.

Pienso que esta perspectiva resulta indispensable para comprender correctamente el evangelio. Con frecuencia hablamos de la salvación enfatizando los beneficios que hemos recibido, y ciertamente son innumerables. Hemos sido reconciliados con Dios, justificados por la sangre de Cristo, hechos hijos del Padre, sellados con el Espíritu Santo y constituidos herederos juntamente con el Hijo.

Todas estas verdades forman parte del tesoro incomparable del Nuevo Pacto. Sin embargo, si el relato termina únicamente en nosotros, el evangelio queda incompleto. La redención nunca tuvo como finalidad última mejorar la condición del hombre, sino restaurar el lugar central que Cristo debía ocupar en toda la creación. Nosotros fuimos salvados precisamente para participar de ese propósito mayor, no para convertirnos en el centro de él.

Esta verdad puede parecer sutil, pero cambia profundamente la manera en que entendemos toda la vida cristiana. Cuando el creyente piensa que el objetivo principal de Dios consiste en resolver sus problemas personales,

inevitablemente termina interpretando cada circunstancia desde sí mismo. Su oración, su servicio, su adoración e incluso su lectura de las Escrituras comienzan, muchas veces sin advertirlo, a girar alrededor de sus propias necesidades.

En cambio, cuando descubre que el gran propósito del Padre consiste en exaltar a su Hijo y conformar todas las cosas a Él, toda su existencia encuentra un nuevo orden. Ya no pregunta solamente qué desea Dios hacer por él, sino qué desea revelar de Cristo a través de él.

Creo que precisamente allí comienza la verdadera madurez espiritual. El niño piensa principalmente en aquello que recibe; el hijo maduro comienza a interesarse por aquello que alegra el corazón de su padre. Del mismo modo, el creyente que va creciendo en el conocimiento del Señor descubre que la mayor bendición no consiste únicamente en recibir paz, fortaleza o consuelo, por preciosos que sean esos dones, sino en llegar a conocer cada vez más profundamente al Hijo amado del Padre.

Comprende que todas las bendiciones del evangelio tienen como propósito conducirnos hacia Él, porque fuera de Cristo ninguna de ellas posee sentido permanente. El perdón nos conduce a Cristo; la justificación nos conduce a Cristo; la adopción nos conduce a Cristo; la santificación nos conduce a Cristo; la esperanza futura nos conduce a Cristo. Todo comienza en Él, todo permanece en Él y todo encuentra en Él su consumación.

Tal vez por eso el apóstol Pablo podía afirmar que consideraba todas las cosas como pérdida con tal de ganar a Cristo (**Filipenses 3:8**). No estaba despreciando las bendiciones de Dios; estaba reconociendo que todas ellas palidecen cuando son comparadas con la incomparable riqueza de conocer al Hijo.

Después de haber recorrido ciudades, fundado iglesias, contemplado milagros y recibido revelaciones extraordinarias, el gran anhelo que continuaba gobernando su corazón seguía siendo el mismo: **“conocerle”**. Esa expresión revela que la vida cristiana nunca termina de profundizar en Cristo, porque la infinita plenitud del Hijo jamás podrá agotarse. Cuanto más lo conocemos, más comprendemos cuánto nos resta por descubrir, y esa conciencia no produce frustración, sino adoración.

Desde antes de la fundación del mundo, el Padre ya había puesto sus ojos en el Hombre perfecto. Toda la historia de la creación, de la caída, de las promesas, de la encarnación, de la cruz, de la resurrección y del establecimiento del Reino constituye el desarrollo de un único propósito que jamás sufrió modificaciones.

Dios nunca abandonó su proyecto original. El pecado no obligó al Padre a improvisar un nuevo plan, sino que permitió que se manifestara con mayor claridad la riqueza insondable de la gracia que desde la eternidad había preparado en su Hijo.

El Nuevo Pacto, por lo tanto, no representa simplemente la solución a un problema humano; constituye la revelación definitiva del propósito eterno que siempre habitó en el corazón de Dios.

Y cuando esta verdad desciende verdaderamente al corazón, también cambia nuestra manera de mirarnos a nosotros mismos. Dejamos de vivir obsesionados por medir nuestro crecimiento, nuestras capacidades o nuestros logros espirituales, porque comprendemos que el verdadero centro nunca fuimos nosotros.

El Espíritu Santo no trabaja incesantemente para producir hombres impresionantes, sino para revelar cada vez con mayor claridad al Hijo de Dios. Toda auténtica transformación consiste, finalmente, en que Cristo ocupe el lugar que siempre le perteneció.

Allí encontramos descanso, porque llegamos a comprender que la vida cristiana no consiste en construir una identidad independiente que algún día agrade a Dios, sino en permitir que la vida del Hombre perfecto encuentre una expresión cada vez más libre, más profunda y más visible en quienes por pura gracia, hemos sido unidos para siempre a Él.

Ese fue el propósito del Padre desde el principio, ese continúa siendo el ministerio del Espíritu en el presente y ese será, también, el gozo inagotable de toda la eternidad, cuando la creación entera reconozca con absoluta claridad que todas

las cosas proceden de Cristo, subsisten por Cristo y encuentran finalmente en Cristo su perfecta plenitud.



Capítulo trece

EL HOMBRE PERFECTO ES EL CENTRO Y EL MOTIVO

Existe una característica común en todas las grandes revelaciones de las Escrituras que siempre ha despertado mi admiración. Dios jamás revela una verdad únicamente para satisfacer la curiosidad intelectual del hombre. Cada vez que abre nuestros ojos para contemplar algún aspecto de su propósito eterno, lo hace con la intención de transformar la manera en que vivimos.

En el Reino de Dios no existe una separación entre la revelación y la vida. Aquello que el Espíritu ilumina en el entendimiento está destinado a gobernar también los afectos, las decisiones, las prioridades y, finalmente, toda la existencia.

Pienso que esto explica por qué las cartas apostólicas poseen una estructura tan particular. Pablo, por ejemplo, acostumbra dedicar extensas secciones a desarrollar las riquezas de la obra de Cristo antes de presentar las exhortaciones prácticas. No comienza diciendo cómo debe comportarse el creyente; comienza mostrando quién es Cristo y qué ha realizado en favor de los suyos.

Solamente cuando ese fundamento ha quedado establecido, invita a vivir de una manera digna de esa vocación. El orden no es accidental. La conducta nunca constituye el punto de partida del evangelio; siempre es la consecuencia natural de una vida que ha sido alcanzada por la gracia.

Esta observación resulta de enorme importancia, porque durante mucho tiempo la enseñanza cristiana invirtió, quizás sin advertirlo, ese orden establecido por el Espíritu Santo. Se insistió tanto en aquello que el creyente debía hacer que, en muchos casos, terminó perdiéndose de vista aquello que Cristo ya había hecho.

La vida espiritual comenzó a medirse principalmente por el esfuerzo, la disciplina o el rendimiento personal. Aunque todas esas cosas poseen su lugar, dejan de producir libertad cuando se desconectan de la obra consumada del Hijo. Entonces la obediencia se convierte fácilmente en una carga, la santidad en una meta inalcanzable y el servicio en una obligación que lentamente desgasta el alma.

Qué diferente resulta el camino presentado por el Nuevo Testamento. Allí la obediencia brota de la comunión, la santidad nace de la vida recibida y el servicio constituye la expresión espontánea de un corazón que ha descubierto la inmensidad del amor del Padre. No se trata de minimizar la responsabilidad del creyente, sino de colocarla sobre el fundamento correcto.

Un árbol no produce fruto para convertirse en árbol; produce fruto porque ya participa de la vida que corresponde a su naturaleza. Del mismo modo, el creyente no procura vivir como hijo para alcanzar la adopción; vive como hijo porque el Padre ya lo ha recibido en su familia por medio de Cristo.

Creo que aquí se encuentra uno de los aspectos más liberadores del evangelio. Muchas personas sinceras viven con la sensación de que Dios las observa constantemente para comprobar si finalmente llegarán a convertirse en aquello que Él espera.

Esa percepción genera una inseguridad permanente. Cada fracaso parece poner en duda la aceptación divina, mientras que cada pequeña victoria alimenta, aunque sea por un instante, la ilusión de haber avanzado algunos pasos hacia ella. Sin embargo, el Nuevo Pacto nos invita a mirar en una dirección completamente distinta. El Padre no nos contempla para descubrir si algún día alcanzaremos la medida de Cristo; nos contempla en Cristo, porque solamente en Él encontró desde siempre la plena satisfacción de su voluntad.

Lejos de fomentar la pasividad, esta certeza produce una obediencia mucho más profunda. El creyente deja de servir impulsado por el temor y comienza a hacerlo movido por el amor. Descubre que ya no necesita construir una identidad delante de Dios, porque esa identidad le ha sido dada en el Hijo.

Ya no lucha desesperadamente por obtener un lugar en la casa del Padre; sirve con alegría porque sabe que ese lugar le pertenece por gracia. La diferencia entre ambas actitudes es tan grande como la que existe entre un esclavo que trabaja esperando ser aceptado y un hijo que participa con gozo en las tareas de la casa porque sabe que siempre será parte de la familia.

Tal vez por eso el apóstol Juan afirma que ***“nosotros le amamos a Él, porque Él nos amó primero”*** (1 Juan 4:19). Estas palabras revelan un principio que atraviesa toda la economía del Nuevo Pacto. La iniciativa siempre pertenece a Dios. Él nos amó antes de que pudiéramos responderle; nos buscó cuando todavía estábamos perdidos; nos dio vida cuando aún permanecíamos muertos en nuestros delitos y pecados; nos hizo sentar juntamente con Cristo cuando nada en nosotros podía reclamar semejante privilegio.

Toda respuesta humana nace, por lo tanto, como un eco de la gracia. Nuestra obediencia no inaugura la relación con el Padre; constituye la respuesta agradecida de quienes ya han sido abrazados por Su amor eterno.

Cuanto más comprendemos esta realidad, más sencilla y, al mismo tiempo, más profunda se vuelve la vida cristiana. Dejamos de vivir pendientes de nosotros mismos para volver continuamente los ojos hacia Cristo. La oración deja de ser el intento de convencer a Dios de nuestras buenas intenciones y se transforma en comunión con Aquel que ya nos abrió libre acceso al Padre.

La lectura de las Escrituras deja de ser una búsqueda ansiosa de nuevas obligaciones y se convierte en el gozoso descubrimiento de la belleza del Hijo. Incluso las disciplinas espirituales recuperan su verdadero sentido, porque ya no representan un esfuerzo por acercarnos a Dios, sino los medios mediante los cuales disfrutamos de la comunión que Él mismo estableció por medio de la cruz.

Y quizá sea precisamente allí donde el propósito eterno del Padre comienza a hacerse visible en la vida diaria. La revelación deja de ser solamente una doctrina correctamente comprendida para convertirse en la atmósfera en la que el creyente respira. Poco a poco, casi sin advertirlo, Cristo ocupa el lugar central en sus pensamientos, en sus decisiones, en sus afectos y en sus expectativas.

La existencia deja de organizarse alrededor de las ambiciones personales para comenzar a gravitar naturalmente alrededor del Hijo. Entonces comprendemos que la verdadera espiritualidad nunca consistió en realizar esfuerzos extraordinarios para impresionar a Dios, sino en permitir que la vida del Hombre perfecto gobierne cada aspecto de nuestra existencia.

Ese es el fruto más hermoso del Nuevo Pacto: una vida que, sin estridencias, sin artificios y sin la ansiedad de buscar reconocimiento, comienza a reflejar la belleza de Cristo porque ha aprendido, finalmente, que toda la plenitud del propósito eterno del Padre se encuentra, desde siempre y para siempre, en su Hijo amado.

Cuando comenzamos este recorrido, nos preguntábamos cuál había sido el pensamiento que ocupó el corazón del Padre antes de la fundación del mundo. A primera vista, semejante pregunta parece demasiado elevada para la mente humana, y en cierto sentido lo es, porque ninguna inteligencia creada puede penetrar por sí misma en los consejos eternos de Dios.

Sin embargo, aquello que jamás habría podido descubrir la razón natural ha sido revelado por el Espíritu Santo a través de las Escrituras, y cuanto más permitimos que la Palabra interprete la Palabra, más evidente resulta que toda la historia de la redención posee una admirable unidad.

Los distintos acontecimientos, los pactos, las promesas, las figuras, los sacrificios, los profetas y aun las aparentes interrupciones del relato no constituyen episodios independientes entre sí, sino los diversos movimientos de una misma sinfonía cuyo tema central nunca dejó de ser Cristo.

Quizá uno de los mayores problemas de nuestra manera de leer la Biblia haya consistido precisamente en acercarnos a ella como si fuera una colección de historias espirituales unidas únicamente por la presencia de Dios.

De esa manera terminamos admirando a Noé por su perseverancia, a Abraham por su fe, a José por su integridad, a Moisés por su liderazgo, a David por su corazón y a Pablo por su entrega, sin advertir que cada uno de ellos señala silenciosamente hacia Otro.

Ninguno constituye el centro del relato. Todos son testigos. Todos anuncian anticipadamente una realidad que los supera infinitamente. Cada uno aporta un destello, pero la plenitud de la luz solamente aparece cuando el Hijo de Dios entra definitivamente en la historia.

Creo que esta perspectiva transforma profundamente nuestra relación con las Escrituras. Dejamos de leerlas buscando únicamente ejemplos para imitar o principios para aplicar y comenzamos a descubrir el maravilloso testimonio que el Espíritu Santo ha tejido acerca del Hijo desde la primera hasta la última página.

Aquellos hombres conocían los textos con admirable precisión, pero habían perdido de vista a la Persona hacia la cual todos esos textos apuntaban. Poseían información abundante, pero todavía no habían contemplado el centro de la revelación.

No deja de ser significativo que el Señor, después de su resurrección, no eligiera impresionar a los discípulos únicamente mediante la evidencia de las heridas en sus manos o mediante el testimonio del sepulcro vacío.

Cristo mismo enseña a leer toda la revelación desde Su propia Persona. A partir de ese momento comprendemos que la Biblia no encuentra su unidad en una doctrina, en una ética ni siquiera en una religión, sino en una Persona que da sentido a todo cuanto fue escrito.

Si al terminar estas páginas alguien concluyera únicamente que Cristo ocupa un lugar importante dentro del propósito de Dios, todavía no habría comprendido plenamente el mensaje del Nuevo Pacto.

Cristo no ocupa un lugar dentro del plan eterno; Él es el plan eterno. No representa simplemente la respuesta divina frente al pecado; es el pensamiento del Padre desde antes que existiera el pecado. No vino únicamente a resolver la tragedia de Adán; vino a manifestar aquello que el Padre había determinado desde siempre. El pecado hizo necesaria la cruz, pero no creó a Cristo. El Hijo ya ocupaba el centro del propósito eterno mucho antes de que el hombre necesitara redención.

Esta verdad reviste una importancia extraordinaria, porque impide que contemplemos la historia desde una perspectiva excesivamente centrada en el hombre. Con frecuencia hemos narrado el evangelio comenzando con la caída y terminando con el perdón, como si todo el pensamiento divino hubiera girado exclusivamente alrededor de nuestro fracaso.

Las Escrituras, sin embargo, nos conducen hacia un horizonte mucho más amplio. Antes de que existiera un pecador que salvar, ya existía un Hijo amado en quien el Padre había puesto toda su complacencia. Antes de que el primer Adán fuera formado del polvo, el último Adán ocupaba ya el centro de los designios eternos de Dios. La

redención no creó ese propósito; simplemente abrió el camino para que hombres caídos pudiéramos participar de él.

Cuando esta realidad se arraiga profundamente en el corazón, también cambia nuestra manera de entender el sentido de la existencia. Dejamos de preguntarnos únicamente qué espera Dios que hagamos y comenzamos a preguntarnos qué desea revelar de Cristo en nosotros.

La vida deja de medirse exclusivamente por los resultados visibles, por los éxitos ministeriales o por el reconocimiento humano, porque comprendemos que el propósito eterno nunca consistió en producir hombres admirables, sino en manifestar al Hombre perfecto.

Cada acto de obediencia, cada proceso de transformación, cada prueba atravesada con fe y cada servicio realizado en amor adquieren entonces un significado completamente nuevo. Ya no constituyen esfuerzos aislados para agradar a Dios, sino oportunidades mediante las cuales el Espíritu Santo continúa formando en nosotros la imagen del Hijo.

Tal vez sea precisamente esta la razón por la que Pablo pudo afirmar que todas las cosas cooperan para bien de los que aman a Dios. Durante mucho tiempo esa promesa ha sido interpretada casi exclusivamente como una garantía de que las circunstancias terminarán favoreciendo nuestros intereses. Sin embargo, el propio contexto de Romanos

revela cuál es ese bien supremo: ser conformados a la imagen de su Hijo.

La meta del Padre nunca fue simplemente resolver todas las dificultades temporales de nuestra existencia, sino utilizar incluso esas dificultades para conducirnos a una comunión cada vez más profunda con Cristo.

A la luz de esta verdad, el sufrimiento deja de contemplarse como una interrupción del propósito divino y comienza a entenderse, muchas veces, como uno de los instrumentos mediante los cuales el Espíritu nos desprende de nuestra autosuficiencia para enseñarnos a vivir más plenamente de la vida del Hijo.

Y quizá allí encontremos, finalmente, la respuesta a la pregunta con la que iniciamos este capítulo. ¿Qué buscó el Padre desde la eternidad? No buscó simplemente una creación perfecta, porque aun una creación perfecta podía ser alterada por la libertad de la criatura. No buscó únicamente una humanidad obediente, porque la obediencia del primer Adán demostró ser insuficiente para sostener el propósito eterno.

El Padre buscó desde siempre al Hombre perfecto, al único en quien Su voluntad encontraría una expresión absoluta, al único que podría revelar plenamente Su corazón y al único capaz de reunir nuevamente todas las cosas bajo un mismo Señorío. Ese Hombre es Jesucristo.

Todo cuanto Dios hizo antes de la cruz preparó su venida; todo cuanto ha hecho después de la cruz anuncia su Reino; y todo cuanto todavía realizará conducirá finalmente al día en que el universo entero reconocerá, con gozo indescriptible, que nunca existió otro fundamento, otro centro ni otro destino para la creación que la Persona gloriosa del Hijo eterno de Dios.

Allí el propósito del Padre quedará plenamente revelado y comprenderemos, con una claridad que hoy apenas comenzamos a vislumbrar, que toda la historia de Dios con el hombre fue, desde el principio hasta el fin, la historia del Hombre perfecto.



CONCLUSIÓN

Después de recorrer este largo camino, quizá el lector descubra que la pregunta con la que iniciamos el capítulo ha terminado transformándose silenciosamente en otra muy diferente. Comenzamos preguntándonos cuál había sido el propósito eterno del Padre y, casi sin advertirlo, fuimos comprendiendo que esa respuesta no podía encontrarse en una doctrina aislada, en un sistema teológico ni siquiera en una sucesión de acontecimientos históricos. La respuesta posee un nombre, un rostro y una vida. El propósito eterno del Padre siempre fue su Hijo.

Esta afirmación, que al principio podría parecer simplemente una hermosa confesión cristológica, termina modificando profundamente toda la manera de entender las Escrituras, la redención y aun nuestra propia existencia. Porque si Cristo constituye realmente el centro del pensamiento eterno de Dios, entonces todo encuentra en Él su verdadero significado.

La creación deja de ser únicamente el escenario donde apareció el hombre y se convierte en el marco preparado para la manifestación del Primogénito. La historia de Israel deja de contemplarse como el relato de un pueblo privilegiado para ser entendida como la paciente preparación de la venida del Mesías. La cruz deja de ser solamente el lugar donde nuestros pecados fueron perdonados para revelarse como el

punto donde el viejo orden concluye definitivamente y comienza la nueva creación.

La Iglesia deja de ser una institución religiosa para convertirse en el Cuerpo mediante el cual el Hijo continúa siendo manifestado al mundo. Y aun la eternidad deja de contemplarse simplemente como la prolongación infinita de nuestra felicidad para revelarse como la celebración inagotable de la gloria del Cordero.

Quizá el mayor cambio, sin embargo, ocurre en la manera en que el creyente se contempla a sí mismo. Mientras el hombre permanece siendo el centro de su propia mirada, inevitablemente vivirá oscilando entre el orgullo y la frustración.

Algunas veces pensará haber avanzado lo suficiente; otras experimentará el peso de sus fracasos. Un día se sentirá fuerte y al siguiente descubrirá nuevamente su fragilidad. Toda vida centrada en el hombre termina convirtiéndose en un interminable ejercicio de autoevaluación. Pero cuando el Espíritu Santo dirige finalmente nuestros ojos hacia Cristo, algo comienza a descansar profundamente dentro de nosotros.

Dejamos de buscar en nosotros aquello que solamente puede encontrarse en Él. Comprendemos que el Padre jamás depositó su esperanza en nuestra capacidad para llegar a ser perfectos, sino en la perfección inmutable de su propio Hijo. Y precisamente porque esa perfección ya existe en Cristo,

ahora puede ser compartida con todos aquellos que, por la fe, han sido unidos inseparablemente a Él.

Esta verdad no disminuye la responsabilidad del creyente; por el contrario, la ennoblece. La obediencia deja de ser un intento desesperado por conquistar el favor divino y se convierte en la respuesta agradecida de quien ya ha sido aceptado en el Amado.

La santidad deja de ser una escalera por la cual pretendemos ascender hasta Dios y pasa a ser la manifestación natural de una vida que desciende continuamente desde Cristo hacia quienes permanecen unidos a Él.

La adoración deja de consistir en un deber religioso para transformarse en la expresión espontánea de un corazón que ha descubierto la incomparable hermosura del Hijo. Incluso el servicio adquiere una dimensión completamente nueva, porque ya no busca exaltar al siervo, sino hacer visible al Señor.

Al mirar nuevamente el recorrido de las Escrituras comprendemos que jamás existieron dos proyectos distintos en el corazón del Padre. No hubo primero un plan centrado en Adán y luego otro centrado en Cristo. Desde antes de la fundación del mundo todo avanzaba hacia Él.

Adán fue una figura; Israel fue una figura; el sacerdocio, el templo, los sacrificios, las fiestas, el reino de

David y las voces de los profetas fueron figuras. Todas señalaban silenciosamente hacia el momento en que el Verbo eterno entraría en la historia para revelar de manera definitiva el pensamiento del Padre. Cuando el Hijo apareció, las sombras comenzaron a retirarse, porque la realidad había llegado.

Tal vez por eso el evangelio posee una sencillez tan profunda. Después de recorrer los caminos más elevados de la revelación, el Espíritu Santo siempre nos conduce nuevamente a la misma Persona.

Allí donde el hombre esperaba encontrar un sistema, Dios presenta a su Hijo. Allí donde la religión ofrece reglas, el Padre ofrece vida. Allí donde la carne insiste en confiar en sus propios recursos, el Nuevo Pacto invita a permanecer en Cristo. Todo vuelve una y otra vez al mismo lugar, porque el centro nunca cambia.

Y quizá esa sea la enseñanza más importante que podamos llevarnos de esta serie de libros sobre el Hombre perfecto. La vida cristiana no consiste, en última instancia, en esforzarnos por parecernos a Cristo mediante nuestras propias fuerzas, sino en permitir que la vida del Hombre perfecto encuentre una expresión cada vez más libre en nosotros.

Esa es la obra silenciosa del Espíritu Santo. Él no vino para producir una generación de hombres impresionantes, sino para formar a Cristo en el corazón de los hijos de Dios.

Todo cuanto hace, todo cuanto enseña y todo cuanto transforma persigue invariablemente ese propósito.

Cuando finalmente comprendemos esta verdad, el alma encuentra un descanso que ninguna disciplina humana habría podido producir. Dejamos de vivir obsesionados por nuestra propia capacidad espiritual y comenzamos a descansar en la suficiencia del Hijo.

Descubrimos que el propósito eterno del Padre nunca estuvo en peligro, porque nunca dependió de la fortaleza del primer Adán, sino de la fidelidad del último. Comprendemos que la historia no avanza hacia una incertidumbre, sino hacia la plena manifestación de Aquel en quien todas las promesas de Dios encontraron su “sí” y su “amén”.

Y mientras caminamos hacia ese día glorioso, aprendemos a vivir con una confianza cada vez más profunda, sabiendo que el mismo Cristo que ocupó el centro del corazón del Padre antes de la fundación del mundo continúa ocupando hoy el centro de Su obra, el centro de la Iglesia, el centro de nuestra esperanza y el centro de la eternidad.

Porque, al final de todo, cuando la última página de la historia haya sido escrita y la nueva creación resplandezca con la gloria de Dios, nadie recordará la redención como la historia del esfuerzo del hombre por encontrar a Dios. Será recordada para siempre como la historia del amor del Padre revelando al Hombre perfecto, reuniendo todas las cosas en

Él y compartiendo, por pura gracia, la vida de su Hijo con una familia innumerable de redimidos que, por los siglos de los siglos, contemplarán con asombro creciente la infinita belleza de Aquel que fue, es y será eternamente el centro de todas las cosas: Jesucristo, el Hombre perfecto, el Hijo amado del Padre y la plenitud de su propósito eterno.



RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mi página personal](http://www.osvaldorebolleda.com) **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

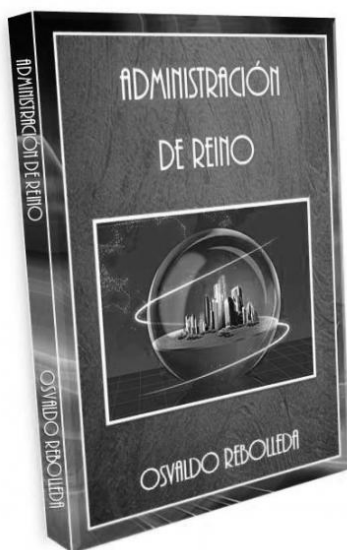
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

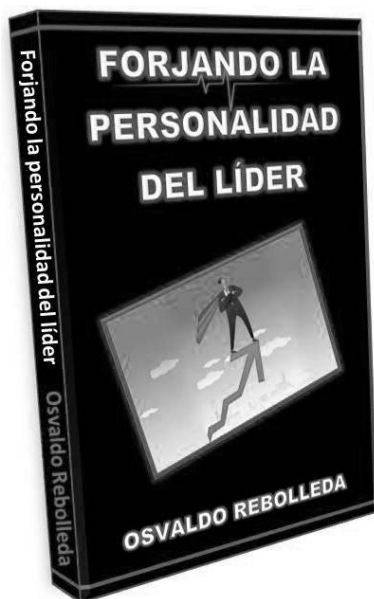
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

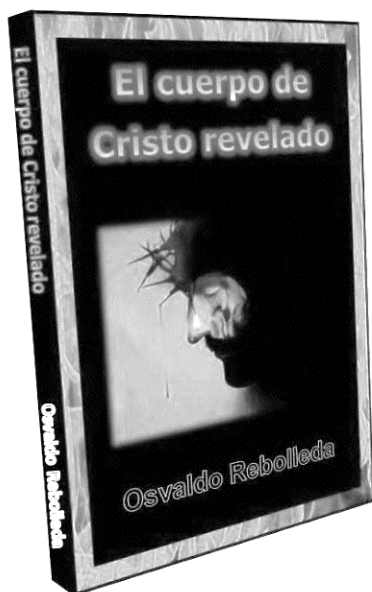
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

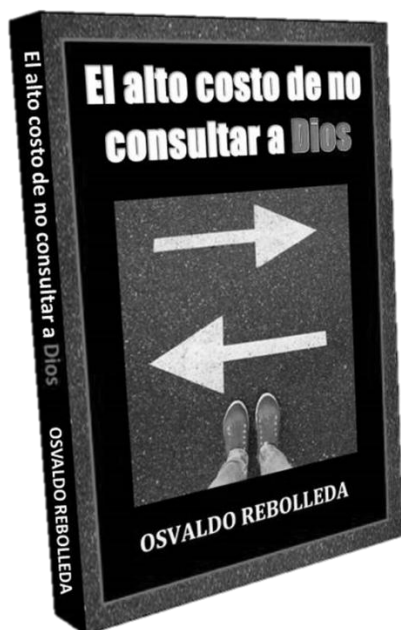


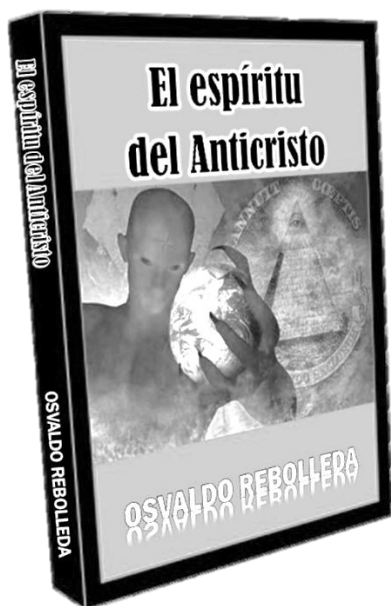
www.osvaldorebolleda.com



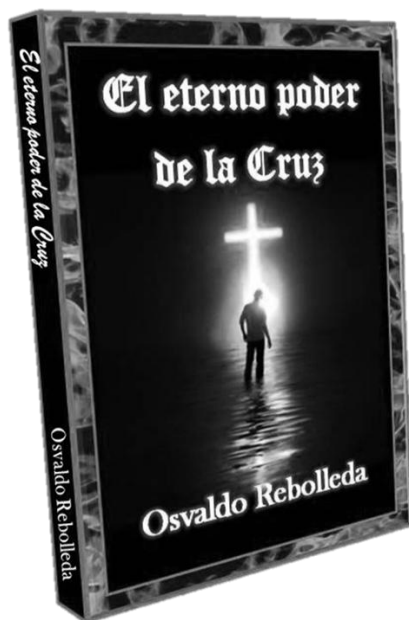
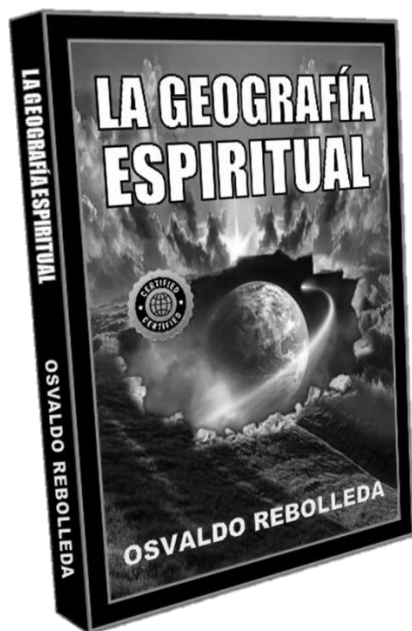


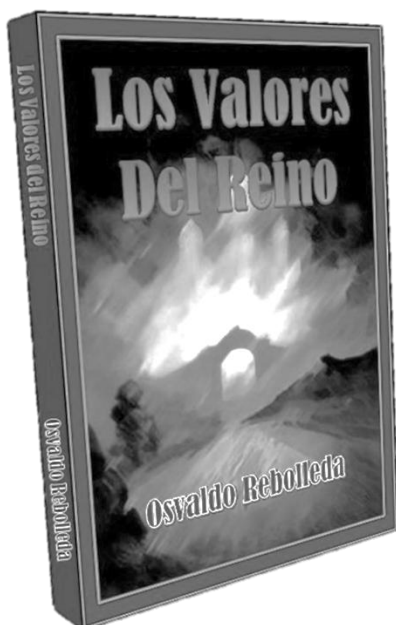
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolledo.com

